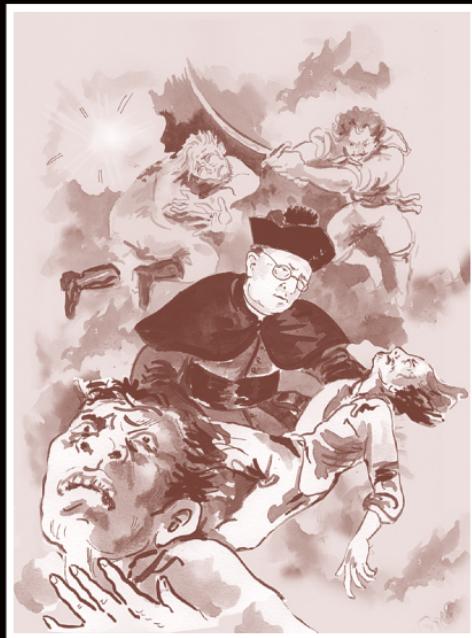




CONGREGACIÓN DE MISIONEROS OBLATOS DE LOS CORAZONES SANTÍSIMOS



Contexto, Exilio y Profecía
Venerable Padre Julio María Matovelle

COLECCIÓN
DE BOLSILLO

CONGREGACIÓN DE MISIONEROS OBLATOS DE LOS CORAZONES SANTÍSIMOS



Contexto, Exilio y Profecía

Venerable Padre Julio María Matovelle

– 2023 –

Contexto, Exilio y Profecía

Venerable Padre Julio María Matovelle

Primera edición 2023

Quito-Ecuador

ISBN: 978-9942-8735-8-3

© Derechos Reservados

Congregación de Misioneros Oblatos de los Corazones Santísimos

Esta obra se publicó con motivo de los 139 años de presencia oblata en el mundo y de los 94 años de la muerte del Venerable Padre Julio María Matovelle, siendo Superior General el Rvmo. P. Ernesto León Díaz. O.CC.SS.

Ilustraciones:

David Rosero Enríquez

Impresión:

Gráficas Iberia - Quito

Telf.: 25 21 529

ediberia@gmail.com

PRESENTACIÓN

a vida del Venerable Padre Julio María Matovelle resulta fascinante toda vez que ella no se debe entender como la vida de un maestro, sino como la de un testigo, en esencia un profeta que atravesado por el amor de Cristo jamás se arrepintió de anunciarlo, nunca pensó en dejar el sacerdocio no obstante las persecuciones, sus principios no fueron objeto de comercio ni mucho menos su conciencia; sus convicciones enraizadas en el más profundo amor por la verdad de Jesucristo y su Reino lo capacitaron para ser testigo de esperanza en su patria y también en el exilio, profeta de la vida en escenarios de muerte y, anunciador de nuevos horizontes aún en medio de las más grandes adversidades.

De lo mencionado anteriormente, da cuenta el contenido de la presente obra con el más fino detalle a través de siete capítulos, los cuatro primeros ofrecen el contexto político, social y religioso de Ecuador en el que Julio

María Matovelle actuó como Senador de la República enalteciendo con sus discursos pletóricos de luz y de los más hondos razonamientos el hacer político del país en el que el bipartidismo enceguecido por posturas fanáticas e ideológicas no lograba ser cause orientador para el pueblo ecuatoriano.

En los últimos tres capítulos, se evidencia la línea profética del Fundador de los Oblatos y Oblatas en la que es posible leer varios sucesos tales como la persecución sufrida por el liberalismo del momento, la huida de una escolta que lo buscaba para matarlo, el exilio en Perú por tres años y luego su regreso a Ecuador.

Es una obra que introducirá al lector en el conocimiento del mundo escabroso de la política de un país, en sus tensiones partidistas y, en esta trama de incertidumbre y violencia, la presencia luminosa de un profeta que anunció el Reinado Social de Jesucristo con la valentía del héroe y la fortaleza del mártir: Julio María Matovelle.

**Rvmo. P. Ernesto León D., o.cc.ss.
Superior General de Oblatos**

CAPÍTULO I

***LA REVOLUCIÓN – ALFARO HASTA 1871
– ASESINATO DE GARCÍA MORENO –
BORRERO – LA TRAICIÓN DE VEINTIMILLA
– MONTALVO Y ALFARO – CAAMAÑO Y
FLORES - PERSECUCIONES – CORDERO.***

a Revolución es una doctrina que aspira a formar un Estado oficialmente ateo, sin otro Dios que el pueblo: destierra a Cristo del Gobierno y de las instituciones públicas y enseña que la autoridad no debe sujetarse a las normas de los mandamientos divinos sino al querer de la voluntad popular. El soberano es el pueblo, no Dios.

Esta doctrina la enseñaron los teóricos del siglo XVII en su lucha contra la Iglesia, y llegó al poder en Francia en 1789 para dominar sobre torrentes de sangre y extenderse por el mundo con la espada de Napoleón. El siglo XIX bajo su influjo y, el liberalismo

bajo la inspiración de la masonería, fue su más genuino representante.

En el Ecuador el más grande adversario de esta doctrina es Matovelle, doctrina que lo llevó al Poder a Eloy Alfaro. Alfaro encarna la revolución, lucha desde abajo con su dinero, con su espada, con su vida, trepa al fin al poder, y el influjo de la Iglesia sobre las instituciones públicas lo sustituye con el influjo de la masonería.

En el mismo año de su ingreso en las logias masónicas, viniendo al Perú de recibir órdenes de José María Urbina, desembarca en Manta (23 de mayo de 1864) para ponerse al servicio de José María Albán y tramar contra el Gobierno de García Moreno una revolución urbinista. Fracasa en su intento, y a mediados del mes siguiente pone su persona a salvo alejándose de nuevo de la Patria en un buque que lo lleva a Panamá.

Poco después el cura párroco, Sr. Domingo Ignacio Viteri, confesaba a tres reos políticos que iban a ser pasados por las armas a consecuencia del fracaso de la revuelta. Eran Bruno Muentes, Pascual Alvia y Tadeo Piedra, que morían en el patíbulo el 23 de octubre de 1864 a las 11 de la mañana, en Montecristi. El 28 del mismo mes ocurrió igual suerte para José Reyes

en Jipijapa. Otros más felices, como Ildefonso Alfaro, hermano de Eloy, obtuvieron permiso, para salió de la República mediante fianza de tres mil pesos. Y en la cárcel de Quito ingresaron José María Albán, Ignacio Muentes, José Alfaro, hermano también de Eloy Alfaro, e Ignacio Pesantes.

En 1865 merodeaba nuevamente Eloy Alfaro en las costas del Guayas y el Oro comprometido en otros movimientos urbinistas contra García Moreno; aunque parece que no tomó parte en los combates, el terrible escarmiento de los fusilados en Jambelí le hizo regresar a Panamá y prometer al diablo, no volver al Ecuador mientras viviese el gran magistrado católico (tirano en el lenguaje liberal) de quien presumía, y no sin razón, que le hubiera hecho morir en el patíbulo de caer en sus manos.

¡Jambelí! Quizá fue demasiado fuerte el escarmiento, pero una cosa es escribir teorías en los libros y otra mantener la paz en una República azotada por un ambicioso militarismo que solo vive conspirando, Jambelí acabó con la hidra revolucionaria y con su recuerdo trajo, para la segunda administración de

García Moreno, la paz cristiana que haría del Ecuador la República del Sagrado Corazón de Jesús.

En 1871 los hermanos de Alfaro toman parte en Montecristi, en otro movimiento urbinista, que también fracasa; pero don Eloy no cree prudente salir de Panamá y entrar al Ecuador gobernado por García Moreno. Sin esperanzas de influir en la política se dedica a hacer dinero y llega a ser relativamente rico con negocios en el comercio y la explotación a los trabajadores del Istmo.

Ante la imposibilidad de vencer a García Moreno, las logias masónicas resuelven eliminarlo recurriendo al crimen, y la mano extranjera de Faustino Rayo acaba con él en la fatídica fecha para la Patria y feliz para el mártir del 6 de agosto de 1875.

Victoria gritó el crimen. Ha muerto el tirano dijeron los liberales. Eloy Alfaro sintió que le quitaban de encima una montaña. Ahora podía volver a pisar el territorio patrio.

El pueblo quedó como un niño que hubiera perdido a su padre. No supo defenderse. García Moreno no había avanzado solo, y su obra estaba en formación cuando

el puñal de las logias se le interpuso en el camino. Los retoños políticos quedaron demasiado tiernos, sin la suficiente madurez para oponer resistencia a la avalancha demagógica que trajeron los odios contenidos de revolucionarios y aventureros.

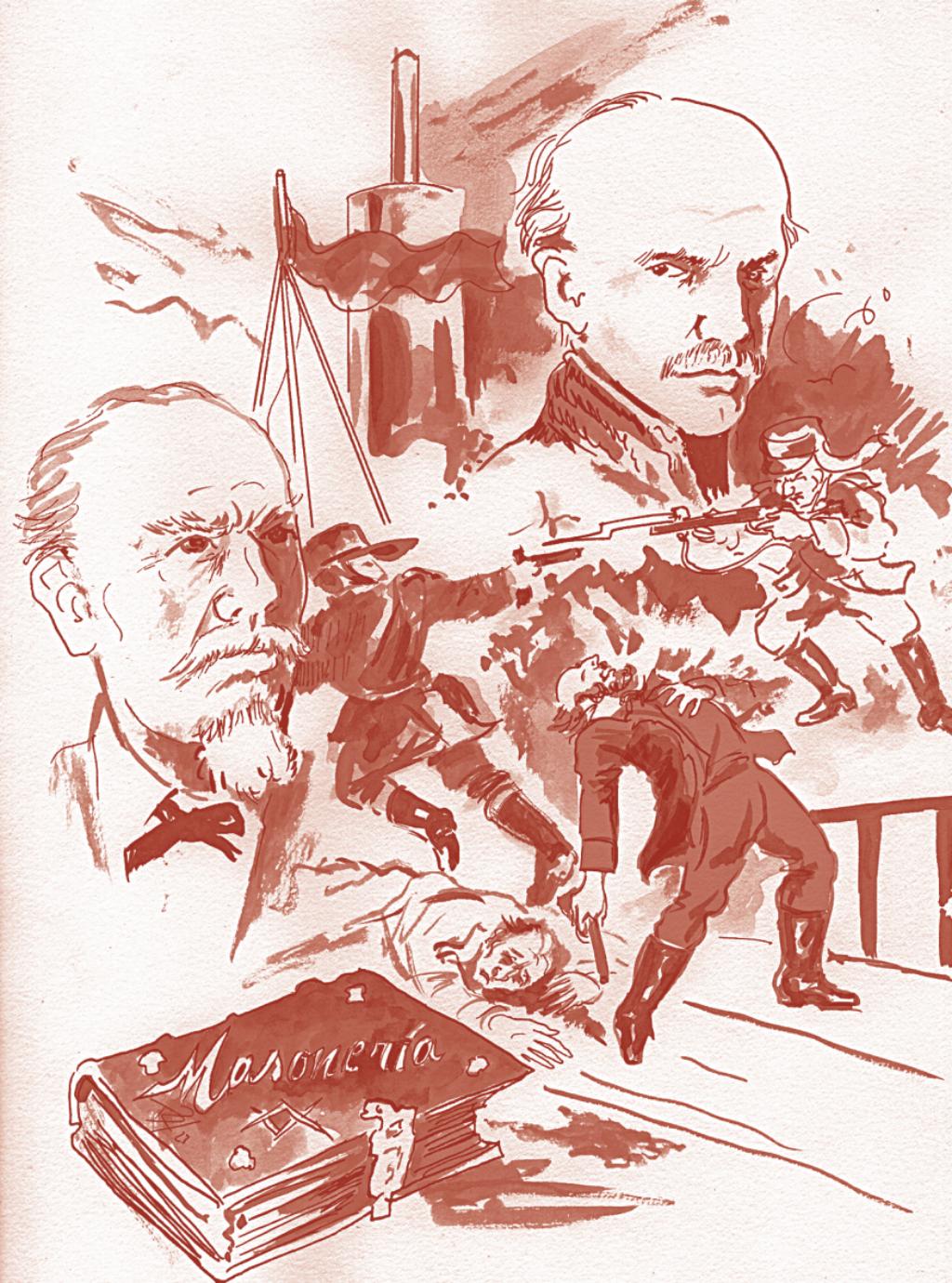
Se ha dicho que el coloso no supo formar sucesores. Falso. Es que los hijos de doctrina, como los hijos de carne, tuvieron que nacer niños y debían crecer con el tiempo en medio del dolor, la persecución y los azares de la vida. Por la época del asesinato estaban en su minoría de edad y, quizá somos nosotros los que estamos presenciando su desarrollo y los llamados a fortificar la doctrina.

El 2 de octubre de 1875, ni dos meses habían aun transcurrido de la tragedia, y cae ya el gabinete garciano. Luchaba con armas enmohecidas de puro viejas, y los adversarios le opusieron la prensa y con la prensa la opinión. Llegan las elecciones, que son completamente libres, y triunfan los liberales, los liberales mansos, que se llaman católicos, mas no por eso menos peligrosos que los liberales masónicos. Era necesario este camino para entronizar sin resistencias el mal. Borrero fue a la primera magistratura. Se jactaba de su religiosidad, oía

misa, pero vivía con los pies y la cabeza en las nubes abominando la obra de García Moreno y soñando en un Ecuador grande al amparo de la libertad, no de la verdadera predicada por Cristo, sino de la falsa querida por el mal, condenada por Pio IX, que da derechos al crimen y permite la opresión de la virtud.

Eloy Alfaro cree llegada la hora de sustituir el liberalismo manso de Borrero con un liberalismo más bravo, y con Miguel Valverde, Nicolás Infante y otros sectarios fragua una revolución para llevar a la primera magistratura al ídolo liberal de la época, José María Urbina, que desde la expulsión de los Jesuitas gozaba del favor de la masonería. Si a este hombre fatídico y a todos sus satélites no se les hubiera interpuesto García Moreno en el camino, atemorizándolos con el terrible escarmiento de Jambeli, el Ecuador en la persecución religiosa se habría adelantado algunos años a 1895.

Alfaro fracasa en su intento de revolucionario el 3 de mayo de 1876, pero poco después, por instigación del mismo Urbina, es proclamado Jefe Supremo Nicolás Infante, comerciante quebrado de Guayaquil. Infante también fracasa. Ignacio Veintimilla como comandante de las fuerzas armadas de Guayaquil, traiciona al



*E*sta imagen evoca momentos de grandes tensiones partidistas a través de las cuales lo único que dejó para el país fue derramamiento de sangre, dolor y resentimiento.



Gobierno a quien sirve, y en nombre del liberalismo se proclama Jefe Supremo. Sube a la sierra a derrocar del Capitolio a Borrero, su ex jefe. Triunfa en la batalla de los molinos donde Eloy Alfaro le acompaña con el grado de coronel, y triunfa también en Galte. Borrero despierta de su sueño. De las nubes baja a la tierra, del sillón presidencial pasa a ocupar una celdilla en la cárcel del panóptico. Estaba caído. No tuvo ni un año de gobierno. En su propia carne vino a experimentar lo que es el mandatario débil, lo que es la libertad cuando no tiene en el Poder un hombre que sepa conducirla por el recto camino teniendo por norma la libertad para el bien, no para el mal y los malhechores, según la expresión del hombre a quien aborrecía. El odio contra Veintimilla lo desahogó más tarde contra el Padre Berthe, por ciertos errores históricos de poca monta, que ciertamente se le escaparon al lustre de García Moreno.

A Veintimilla después de las vacas gordas le vino la época de las vacas flacas. Más por ambición de mando que por espíritu sectario inició la persecución religiosa. Vino la ruptura del Concordato, el entredicho, la fuga del entonces Vicario Capitular Sr. Arsenio Andrade más tarde Obispo de Riobamba, la huida de Monseñor Ordoñez, del Obispo de Pasto desterrado por Colombia,

el Ilmo. Sr. Restrepo, la muerte misteriosa del Ilmo. Sr Lizarzaburu y el destierro de sacerdotes y católicos beneméritos, entre ellos el Dr. González Suárez por su “Exposición de los Principios Católicos”.

Pero Veintimilla disgusta también a los liberales y tiene en su contra la pluma de Montalvo y la espada de Alfaro. Este es tomado en pleno delito de conspiración y se le encierra en un calabozo de Guayaquil. Para salir tiene que jurar y volver a jurar que no tomará armas contra el Sr. Veintimilla. Y pone su firma en el acta de 3 de mayo de 1879 en que así lo promete. Falta al juramento, y cuando ya la dictadura agoniza hace desde Pinguapi (Esmeraldas) la campaña de la costa, se proclama dictadorgillo de Manabí, fusila un poco de gente en el patíbulo por delitos políticos y entra victorioso en Guayaquil con los libertadores que habían bajado de la sierra a sacar al tirano de su último reducto (9 de junio de 1883).

Aunque Urbina no muere sino el 5 de septiembre de 1881 puede decirse que desde los últimos días de la dictadura de Veintimilla se aleja de la vida política y le sucede Alfaro con un liberalismo más machetero y un odio religioso más multiplicado.

Después de la victoria de Guayaquil (9 de julio de 1883) se hace una amalgama de azules y rojos, y se producen nuevas discordias. Alfaro quiere suceder a Veintimilla y Pedro Carbo también quiere sucederle. Salazar, Sarasti y otros se creen también con el mismo derecho. Vienen los convenios, se forma un pentavirato, se convoca a elecciones, se reúne la Asamblea, y al final de todo, por voluntad de esta última, José María Caamaño queda como único presidente, y para decirlo con franqueza, el mejor presidente que ha tenido la República después de García Moreno. Aunque no muy correcto en sus ideas, fue leal al partido que lo llevó al poder. Su pecado quizá consistía en haber dado mucha importancia a las relaciones de familia y en haberse unido demasiado a un círculo de hombres para el Gobierno.

Los Alfaristas en la Asamblea de 1884 hacen gala de su fobia religiosa. Como en la República no prosperaba aun la fuerza de la Constitución, Eloy Alfaro se lanza a la revuelta, que termina vergonzosamente con una nueva derrota después de la inhumana carnicería que hacen los liberales en aguas de Jaramijó con la gente a bordo del vaporcito Huacho. Caamaño lo declara pirata, y el 5 de agosto de 1885 ordena iniciarle juicio criminal por los fusilamientos durante la campaña contra la

dictadura de Veintimilla. Se suceden las montoneras que terminan en la Sierra con la ejecución de Vargas Torres en Cuenca, y en la Costa con el combate de Quinindé en 1887. Sube Flores al poder, y con el partido progresista o republicano se inicia la unión de los libelares y la desunión de los conservadores, mejor dicho, de los católicos en conservadores tradicionales y progresistas. Matovelle se expresa así de estos últimos: “Son una creación floreana que divide al partido tradicional para fusionar conservadores desahuciados con liberales vergonzantes”. El Ilmo. Sr. Schumacher es aún más fuerte: “Los progresistas son hombres de dos caras, una de herejes y otra de santurrones; sonríen a los herejes y palmotean a los blasfemos, porque en sus cortos almacenes creen que el porvenir pertenece irremediablemente a las logias, más para que la Iglesia no los moleste, entes bien para que Ella apoye su autoridad, se arrodillan pidiendo bendiciones y oraciones”. El Padre José María Aguirre, el más famoso de nuestros oradores sagrados, no duda en afirmar que el autor del progresismo es el mal.

Se produce el cisma entre la autoridad eclesiástica y la civil. Los Obispos son tratados mal por la prensa, por el Gobierno y en algunas ocasiones hasta por las

turbas. Al Ilmo. Sr. Ordoñez se le insulta; igual cosa se hace con el Ilmo. Sr. Andrade; del Ilmo. Sr. Massia se dice que bajo el sayal franciscano esconde al antiguo soldado carlista, al Ilmo. Sr. Schumacher se le calumnia de antiguo masón, al Ilmo. Sr. González Calisto se le toma como dulce para deleite de las moscas. Se alza una polvareda porque el Ilmo. Sr. Massia no quiere rendir honores paganos a Sucre; y las blasfemias, las calumnias, la prensa corruptora y los libros prohibidos se propagan bajo el auspicio y la tutela de las autoridades subalternas. En lo alto del Gobierno todo se ignora, y cuando se conoce no se remedia a pretexto de proteger la libertad.

Cae Flores, y sube Cordero; pero este es de los que piensan que los principales enemigos del bienestar y dicha de la Nación son esos hombres obcecados y perniciosos que llevan el título de conservadores. Cordero se jacta de católico, pero en política decía que era liberal.

Para ir quitando en el pueblo el respeto a todo lo santo a impulsos de la masonería, se cometan numerosos sacrilegios en diversos lugares de la República: En Quito con las imágenes de Nuestra Señora en el arco

de Santa Domingo; en Roca fuerte y Esmeraldas con la profanación del Templo; en Alaques y Pelileo con bofetadas a los sacerdotes, en Quito y Cuenca con el robo de vasos sagrados y el desprecio de la Santa Hostia. A los buenos curas se les tilda de políticos y a los buenos católicos de fanáticos. Se llevan turbas a las barras de los Congresos para que aplaudan a los perversos y se burlen de los defensores de los derechos de Dios.

Un Gobierno católico no puede subsistir mucho tiempo en tales condiciones. La República del Corazón de Jesús a pasos gigantescos camina a su ruina. Dios no le agrada reinar contra la voluntad de los pueblos y sus dirigentes. No quiere que su reinado en la tierra sea de fuerza sino de amor. Al que no le ama lo desecha. Pueblos de millones de hombres han abandonado por este motivo el seno de la Iglesia bajo cuyo dulce regazo vivían. El Ecuador no seguirá otro rumbo si a tiempo no enmienda sus errores; pero la obra de García Moreno, Checa, Proaño y Matovelle alienta aún a los buenos y detiene a los perversos.

En el ambiente político dividido por el progresismo, con la incomprendión de los católicos y el odio de



*E*n el marco de la revolución vivida en Ecuador, se puede afirmar que los alcances rompieron todo límite de decencia; pues como se ve en la ilustración, lo sagrado fue profanado sin que haya mediado consideración y respeto alguno.



los liberales, la figura de Eloy Alfaro surge como un símbolo de redención. Los católicos no le aman por su credo masónico; pero en el ambiente demagógico, tan infiltrado en nuestra vida democrática, se alegran de que el hijo de las logias venga a demoler los privilegios de los mimados de la fortuna que han acaparado los cargos públicos y han hecho del Gobierno un feudo de familia. Se exagera el peligro, se dice, con Alfaro y el realismo las cosas seguirán como antes y hasta puede suceder que los Obispos gocen de mayor libertad que bajo el progresismo.

¡Illusión! En la época que procedió al 95 ningún político fue mayor adversario de la Iglesia que Alfaro. Él fue el adalid del liberalismo furioso, sectario, el mayor enemigo del catolicismo en la vida pública. Partidario suyo era Juan Montalvo, cuyos Siete Tratados están en el Índice de los libros prohibidos y cuya pluma se empapó en odio y en calumnia para lanzarla contra Monseñor Ordoñez. Para Montalvo, Alfaro era un ídolo, Alfaro le paga el culto costeándole la primera edición de los Siete Tratados. Partidarios suyos son Leopoldo González, que al grito de Viva Alfaro ataca la plaza de Latacunga para caer acribillado a balazos, y Nicolás Infante, que al subir al patíbulo se niega a confesarse,

porque dice, esta noche debo cenar con Plutón en los infiernos. Vargas Torres, que va a dar con su cadáver en Supay- Huaico es también su partidario. Y no contamos con Pedro Moncayo, fallecido en Valparaíso el 3 de febrero de 1888, ni con Pedro, a quien con todas sus misas oídas y su muerte cristiana (24 de diciembre de 1894) hay que considerarlo como anticatólico en la vida pública. Todo el que publicaba un libro, un folleto o un periódico bárbaramente blasfemo, en la primera borrachera exclamaba lleno de júbilo: Viva Alfaro. Los furiosos liberales en Guayaquil y otros pueblos de la costa celebran con gran algarabía el aniversario que ellos llamaban caída del Papado que no era otra cosa que el robo de los Estados Pontificios (20 de septiembre de 1870). Era de buen gusto en los anti- católicos que mostrasen en las calles su alegría gritando a todo pulmón: Viva Alfaro.

CAPÍTULO II

ALFARO REVOLUCIONARIO – LA MASONERÍA ASPIRA AL PODER – CRÍMENES – MATOVELLE EN EL CONGRESO DE 1886 CONDENA LA REVOLUCIÓN – VARGAS TORRES – MATOVELLE LUCHA HEROICAMENTE.

Eloy Alfaro en sus campañas había levantado el cadalso del norte al sur de la República; de su orden fueron fusilados: Toral en Pianguapi, Sánchez, Pico, Zambrano y Pincay en Montecristi, Reyes en Portoviejo, Santana en Pascuales, Medina en Mapasingue. Esto era en la práctica el respeto a la vida del cacareado liberalismo, pero en teoría, en sus periódicos, los liberales tenían horror a la pena de muerte: si el patíbulo lo levantaban ellos como revolucionarios era bueno, si lo levantaban los católicos en ejercicio de la legítima autoridad era malo: la masonería había enseñado a estos declamadores políticos a no ver la viga en el propio ojo para mirar la pajita en la del vecino.

Para eludir esta inconsecuencia más tarde matarán no en el patíbulo sino en una emboscada, simulando una fuga o un suicidio.

En la Asamblea de 1883 y 1884 se declamó mucho contra la pena de muerte, sobre todo por delitos políticos. Matovelle no estuvo con los declamadores, pero en parte fue vencido en la contienda y en la Constitución solo se permitió el cadalso para el asesinato y el parricidio y de ninguna manera para los delitos políticos.

Clausurada la Asamblea, Alfaro descontento por no haber alcanzado por medios pacíficos la Presidencia de la República, a nombre de las ideas liberales inicia un movimiento armado desde Centro América y en noviembre de 1884 se viene en el buque Alhajuela o Pichincha a invadir el Ecuador por la provincia de Manabí, que lo había proclamado su caudillo el 15 de noviembre en Montecristi. El 20 del mismo mes, en el combate naval de Tumaco, las fuerzas del gobierno le obligan a guarecerse en aguas colombianas, pero luego desembarca en Esmeraldas y en Manabí para hallarse el 1 de diciembre de 1884 en Portoviejo después de haber pasado sobre las cenizas de Charapoto que había sido incendiado. En el Combate que se desarrolla

por la posesión de la capital Manabita, la victoria no le favorece y tiene que huir dejando en el campo más de 50 cadáveres. En Bahía, a donde se retira, con 72 hombres se embarca de nuevo en el Alhajuela, en la noche del 5 al 6 de diciembre sorprende a Huacho, buque gobiernista con soldados mareados por falta de costumbre de andar en el mar, y a machete hace en ellos espantosa carnicería; más de 300 hombres, inclusive mujeres y niños son asesinados, de los atacantes solo mueren tres. En medio de la matanza aparece otro buque gobiernista, bien armado, El Nueve de julio, que así se llama este buque, ataca al Alhajuela, este se retira hacia la costa y en la mañana del 6 de diciembre se declara en derrota. Alfaro, ebrio, incendia su buque regando gasolina sobre la cubierta, y como no sabe nadar salva su vida a duras penas sobre una pipa de manteca que arrastran sus compañeros de aventura. De los 72 tripulares saltan 66, tres habían perdido su vida en la carnicería de Huacho en el combate con el Nueve de Julio.

Los periódicos liberales dieron al hecho carácter de epopeya, y los asesinos pasaron a la categoría de héroes.

Por este movimiento político – liberal que tuvo sus ramificaciones en otros lugares de la República subieron al patíbulo González en Latacunga, Infante en Palenque, Sepúlveda en Bahía. El jefe de gobierno, Caamaño, se porta enérgico: ordena juzgar a los revoltosos por sus crímenes comunes, y como a militares, como ellos mismos se proclaman, les aplica un procedimiento sumario, y las penas del Código militar.

Vencidos los liberales en combate abierto se dedican a la guerra de mонтонeras, que en agosto de 1885 toma carácter alarmante en las provincias de Manabí y los Ríos. Estas mонтонeras proclaman por su caudillo a Eloy Alfaro que se halla en el exterior y remite, por agua, armas que, en una amplia costa casi imposible de vigilar, pasan fácilmente a manos de los revolucionarios. Con el apoyo económico de las logias, que despliegan una actividad asombrosa para tomar el poder, estas mонтонeras se convierten en el terror de la República porque penetran a las poblaciones indefensas y al grito de “Viva Alfaro”, asesinan a las autoridades, roban cuanto pueden, gravan a los campesinos y comerciantes con impuestos forzosos, maltratan a los sacerdotes, aparecen, en fin, por todas partes, y cuando se las persigue, huyen, y si atacan, lo hacen solo en



PP

*L*a sangre de muchos hombres se derramaba a torrentes, y en este contexto, Caamaño decide enjuiciar a Eloy Alfaro por los fusilamientos que había ordenado en contra de sus adversarios en Manabí.



condiciones favorables, cuando los revolucionarios son muchos y los defensores del orden pocos.

Caamaño no cree que estos asesinos y ladrones por gritar “Viva Alfaro” tengan derecho a ser garantizados en su vida, libertad y bienes, los trata como a criminales y no se resigna a considerarlos como héroes; que es lo que pretende una prensa asalariada por la masonería. Comenzando por la cabeza, el 5 de agosto de 1885 ordena Caamaño enjuiciar a Eloy Alfaro por los numerosos fusilamientos que ejecutó en la época de la dictadura, en la región de Manabí principalmente; y el 2 de septiembre, por decreto Ejecutivo, dicta medidas enérgicas contra los montoneros y sus crímenes.

En 1886, el 31 de enero estas montoneras se apoderan del vapor Quito y entran en Yaguachi, el dos de febrero son derrotados en Vinces; el 4 de marzo combaten en Colimes, el 8 de abril en Quevedo y el 18 de mayo en el Peludo (San Antonio) cerca de Chone, donde dejan más de 15 cadáveres en el campo de la lucha. Pero lo grave no está tanto en los encuentros sangrientos sino en la ruina de toda justicia y de toda moral: los asesinatos y robos quedan impunes, y los propietarios y familias se alejan de los campos por

miedo a perder de un momento a otro la vida, honra y bienes. Los campesinos deben alimentar las tropas de gobierno, porque este carece de dinero para hacerlo. Estas tropas con frecuencia extrañas de la provincia; desconocedoras del miedo, ven en cada campesino un montonero y esto es causa de que hasta los buenos plieguen a los malos por la necesidad de la defensa. La confusión de ideas es horrible. Espíritus audaces muestran el liberalismo como bueno y atribuyen los desórdenes al gobierno. Se justifica el asesinato y el robo por motivo político. El 22 de diciembre de 1885 Modesto Rivadeneira, empleado de la Tesorería de hacienda de Guayaquil, se alza con 7.660 sucre, y Alfaro lo ensalza porque le ha entregado a él ese dinero para la causa liberal; el 6 de febrero del año siguiente se intenta asesinar a Caamaño en Yaguachi como se asesinó a García Moreno en Quito, y los periódicos y folletos liberales expresan su pena por haber fracasado en el intento de eliminar al tirano, que así llamaban al encargado de la justicia y de la conservación del orden público. Esta campaña el liberalismo divide a los católicos en dos clases: los que van con el siglo, los mansos, que los dejan obrar; y los tiranos, que no van con el siglo; los supuestamente retrógrados que se

oponen a sus pretensiones aun legítimamente en el uso de las armas. Matovelle era de los últimos.

En tan difíciles circunstancias, azotada la República por tan extraña guerra civil y tan extrañas ideas morales, se reúne el Congreso de 1886. En la sesión del 28 de junio, el diputado P. Julio Matovelle ingresa a la cámara, y en la sesión del 9 de julio se pone en tercera discusión el proyecto de ley venido del Senado que somete a los revolucionarios a la jurisdicción militar, que castiga ciertos crímenes con pena de muerte. No es justo someter a los revolucionarios a los rigores de las leyes militares si hacerlas participar también de sus beneficios, dicen los liberales; el crimen político no merece el cadalso porque de crimen apenas si tiene el nombre.

El Padre Matovelle se indigna contra estos razonamientos y dice:

“No había pensado tomar parte en la discusión, pero son tan escandalosos los principios que aquí se sustentan, que el silencio no es posible. Casi se diría que en esta Cámara de lo que se trata es de declarar empleo público, cargo honorífico, dignidad de la República el vil oficio de conspirador. ¿A dónde vamos a parar con

estos principios? La revolución es una de las llagas más horribles de la sociedad moderna y uno de los crímenes más monstruosos y reprobados de la moral. Pero, ¡ah desgracia nuestra! ¡existe una especie de complicidad de parte de los hombres públicos para con los revolucionarios, y esta compasión y benevolencia para los conspiradores es un grave mal político. Con tales sentimientos nunca será posible la paz y el orden en la República. Tenemos que odiar a la revolución con toda la fuerza del alma y si así no lo hacemos estamos perdidos. Se ha hecho recuerdo de la sangre derramada a torrentes en las ondas del océano, en aguas de Jaramijó. Tenemos compasión de los victimarios, pero se la negamos a las víctimas. Un celebre economista inglés Stuart Mill hace notar que la causa principal del orden político que reina en los pueblos germanos y anglosajones, y los continuos trastornos de los pueblos latinos está en que en los primeros cada ciudadano es un defensor del orden público, y en los segundos no. Si al pasar por una calle de Nueva York un hombre asesinó a otro, los transeúntes se lanzan unos contra el homicida, se apoderan de él y lo conducen a la cárcel, y los otros hacia la víctima, a la que prodigan solícitos cuidados. Si ocurre esto mismo en un pueblo de raza

latina, la escena es al revés: los transeúntes protegen al asesino, lo esconden en sus casas y lo defienden contra las persecuciones de la justicia, mientras dejan en la calle a la víctima abandonada y sin socorro. Esto último está pasando en la Cámara; se presentan a pedir justicia a los conspiradores; muchas voces se han levantado en defensa de los victimarios, pero ni una sola defensa de la víctima; esta pobre Patria, azotada por cien revoluciones, herida por mil puñales, tinta en la sangre de sus venas”.

En los crímenes comunes, continua, se ataca la propiedad, la honra o la vida de los individuos, en los crímenes políticos lo que se ataca es la propiedad, honra y vida de la nación; cuanto es superior la sociedad a los individuos es superior la gravedad y la malicia del crimen político a la del crimen común; por lo mismo mayor debe ser la pena del primero que la del segundo. Al homicida de su padre se le aplica pena de muerte sin protesta de nadie en esta Cámara; pero al homicida de la Patria no se le quiere aplicar la misma pena. ¿Será por ventura ilusión esto que llamamos Patria, en que nuestro corazón después de Dios ocupa lugar preferente en nuestro corazón? Nadie es libre para clavar el puñal en el pecho del más oscuro hombre

¿y lo será para hundirlo en el seno de la Patria? La vida del ínfimo ciudadano está protegida por la ley, ¿y no lo estará la existencia de toda una nación. Ante el liberalismo el individuo es todo, y la sociedad es nada. Esta connivencia de la ley con el crimen es lo que está perdiendo a la Patria”.

“Se ha dicho, insiste, si se sujeta a los conspiradores al código Militar, hay que sujetarlos también a sus beneficios. Error, en Derecho Internacional los piratas pueden ser castigados con pena de muerte por la autoridad política de cualquier Nación, pero no por esto lo vamos a considerar ministros internacionales. Los revolucionarios armados se dan a sí mismos títulos militares. ¿Qué de injusto hay en que el gobierno les reconozca sus grados para el castigo y conforme a su propia voluntad los sujete al Código militar? Las conspiraciones se realizan ordinariamente seduciendo cuarteles y conquistando soldados. Cuán injusto que a los jefes de estas conspiraciones se los trate con toda la benignidad por no ser individuos del ejército, y a los pobres soldados se les aplique todo el rigor de las leyes militares. Todo el rigor de la justicia para el soldado, la impunidad para el revolucionario. Esto es monstruoso. Llamemos mejor a los conspiradores para que defiendan



En esta ilustración se puede observar al Venerable Padre Matovelle asistiendo en su calidad de diputado a la sesión de esta Cámara el 28 de junio de 1886, en la que se intentaba someter a los revolucionarios al fuero militar para ser juzgados.



la República. Se dice que en ningún país civilizado se aplica pena de muerte contra los revolucionarios, pero estamos viendo en Estados Unidos castigar con el último suplicio a los que atentan contra la vida de los magistrados, y en Francia castigar de la misma forma a los conspiradores de la comuna. ¿No son por ventura naciones civilizadas Estados Unidos y Francia? El patíbulo nos asusta y mucho, pero quien está en vísperas de subir a él no son los conspiradores sino la Patria".

Palabras proféticas. Nueve años más tarde la Patria subía al patíbulo.

Conforme a su costumbre por aquella época, los liberales continuaron ensalzando el sagrado derecho de conspirar, el puñal del Bruto, el puñal de Rayo, no era un crimen sino el ejercicio de un derecho. Matovelle se alza contra esta doctrina política, y en la sesión del 14 de agosto dice que la revolución no es un derecho sino una iniquidad; que es extraño que se faculte a los revolucionarios que asesinan a las autoridades, hasta se les ensalce por esta obra, y no se quiera facultar a las autoridades para que castiguen con la muerte a los que conspiran contra ella: la Nación, el Gobierno no

puede quitar la vida a nadie, pero los revoltosos pueden quitar la vida a los Magistrados.

A tan sólidos raciocinios no era posible dar respuesta. Los liberales bien lo sabían, por esto antes que a la inteligencia procuraban dirigirse al sentimiento para desviar la discusión hacia otros senderos. No sabemos, dicen, como el doctor Matovelle habla tanto contra los revolucionarios cuando el más grande revolucionario fue Jesucristo.

Tomaban la palabra revolución como un atentado contra el orden existente y en este sentido Jesucristo si fue revolucionario porque atentó contra el culto de los ídolos y la relajación de las costumbres que era el orden existente, como en ciertas épocas de la historia el orden existente es la persecución contra la Iglesia Católica. Procurar la justicia en el orden político no es convertirse en revolucionario sino ejercer un santo apostolado. Matovelle se dio cuenta a donde iban los liberales al arrastrar a su causa a Jesucristo y dijo

“Jesucristo murió con amor predicando el orden y el respeto a la autoridad; los revolucionarios fomentan el odio, el desorden y atentan contra la autoridad; por esto

la doctrina de la revolución es contraria a la doctrina de Jesucristo y así lo ha declarado la Iglesia".

Explicados con claridad los términos saltaba la blasfemia de considerar a Jesucristo como revolucionario; pero los liberales no eran hombres que se rendían a razones; el 17 de agosto replicaron a Matovelle: "Ud., nos habló de una doctrina de amor, pero no es mucho amor el llevar a un hombre a morir en el patíbulo".

Matovelle contesta:

"Deseo ver restablecido el reino de la caridad social entre nosotros; pero si la ambición se opone a este reinado, hay que despejar primero la atmósfera de infierno para que descienda a iluminarnos el cielo con sus resplandores. No aman al pueblo los que abogan por la revolución sino los que la impugnan; ellos defienden a los victimarios; nosotros a las víctimas; ellos detestan el cadalso legal en que la justicia castiga a los criminales; nosotros detestamos esos cadalsos de encrucijada en que el odio de los revolucionarios inmola a su furor victimas inocentes; ellos en vez de ahorrar la sangre, la prodigan; tienen horror a un patíbulo donde se vierta la sangre de un culpado y no les inspiran compasión esos torrentes de sangre arrancada sin piedad en los

campos de Galte o en las aguas del océano. Nosotros amamos al pueblo, y este amor nos impele a procurar la represión enérgica de los que sacrifican sus odios al bienestar común. Pedimos un gobierno fuerte para con los malos, para que ese mismo gobierno pueda ser benigno para con los buenos; la bondad descansa en la fortaleza; y los gobiernos débiles son necesariamente crueles”.

Cuánta razón tenía el P. Matovelle, y nuestra historia lo vino a demostrar. Con el Gobierno fuerte de Caamaño el liberalismo no pudo surgir. Con los gobiernos débiles de Flores y Cordero trepó al poder: con el primero en pos de caminos pacíficos, con el segundo a fuerza de las armas. La justicia engrandece a las naciones, y los gobiernos débiles por su misma debilidad no pueden hacer justicia: los criminales se imponen y las víctimas no tienen quien las defienda; porque los victimarios gozan de amplias consideraciones ante los que mandan.

El Congreso clausuró sus sesiones el 21 de agosto. El P. Matovelle fue nombrado Consejero de Estado por 25 votos después de una segunda votación en competencia con el doctor Ramón Acevedo que obtuvo 20 votos para

ir por el eclesiástico, que según la Constitución de la República debía tomar parte en esa alta Corporación.

La República continúo azotada por las mонтонeras. El 6 de marzo de 1886 Eloy Alfaro desde Centro América llega al Callao y pasa luego a Lima para seguir dirigiendo desde allí los movimientos armados en costa ecuatoriana e iniciarlos también desde Loja. En carta a los Cerezos, jefes de la revuelta en Manabí, expresa su deseo de extender la guerra a todo el país y entrar en breve en Guayaquil. Dominada la costa, el centro y el sur, Quito tendría que rendirse o se le rendiría por la fuerza de armas. Pero Caamaño llevo al fracaso sus deseos. El primero de diciembre de 1886 Vargas Torres, que venía sirviendo a Alfaro desde 1882, ocupa a Loja después de un sangriento combate, pero 7 días más tarde, Antonio Vega en marcha desde cuenca, recupera la Ciudad y lo toma prisionero con 20 oficiales y 42 soldados de tropa. Un consejo de guerra en Cuenca aplica el 4 de enero de 1887 la ley del 10 de Julio del año anterior tan bizarramente defendida por Matovelle, y como a militares en servicio activo condena a muerte a Luis Vargas Torres, Pedro José Cavero, Jacinto Narváez, Filomeno Pensantes y Manuel A. Piñeiro. Caamaño indulta a todos menos al primero, que es

ejecutado en la plaza de Cuenca el 20 de marzo de 1887.

Vargas Torres, hombre de unos 32 años era furioso liberal sectario, por su pluma horriblemente blasfemo contra la Iglesia y por sus campañas políticas y militares en que arriesgó la vida en los campos de batalla en defensa de sus perversas ideas. Como se negara a confesarse, no obstante los esfuerzos del Obispo León, de un sacerdote dominico y de un clérigo que le acompañaron al cadalso, no se pudo dar sepultura en el cementerio católico y se lo sepultó en Supay – Huaico (quebrada del diablo). El martirologio liberal ha colocado a Vargas Torres entre sus héroes, y las sectas masónicas de Lima celebrarán una sesión en su honor cada 30 de septiembre, aniversario de su muerte.

Las montoneras continuaron, pero en el combate de Quinindé, en las fronteras de Manabí y Esmeraldas, que deja un saldo de doce muertos (18 de mayo de 1887), fracasan casi por completo, y vuelve una relativa paz a la República.

En el año siguiente el Dr. Alejandro Cárdenas, de ideas liberales, decía en el Senado, al referirse a la ejecución de Vargas Torres y otros, que Veintimilla



22

*E*sta imagen ilustra el Consejo de Guerra llevado a cabo en Cuenca el 4 de enero de 1887 evento en el cual Caamaño indulta a la mayoría menos a Manuel Piñero, ejecutado en la plaza de Cuenca el 20 de marzo de 1887.



en su Gobierno no había manchado como Caamaño la banda presidencial, ni había teñido como este sus manos en la sangre de un patíbulo. Las barras aplaudieron frenéticamente, Matovelle, como senador del Azuay, replica lo siguiente: "Resuelto estaba ya en las actas del Congreso de 1886, en el que contribuí a dar la ley que se quiere derogar. Pero habiendo el H. señor Cárdenas lanzado frases escandalosas y habiéndose estas merecido aplausos indignos, debo protestar altamente contra estos y aquellos. No, no es al noble pueblo de Quito, al pueblo del 8 de enero, al que presenta un una barra ignorante y atrevida, que aplaude la apología de Veintimilla. ¡Ah! Qué sarcasmo, que insulto a la Patria ¡La banda de Veintimilla estuvo limpia de sangre cuando se la arrancó de la República. ¿Y qué fue la sangre de Galte, de los Molinos de Quito y Guayaquil? Esa sangre era sin duda leche para el H. Señor Cárdenas. ¡Y en ella puede saborearse! Y la sangre de cuatro revoluciones sin Dios, Patria ni Ley, ¡es tinta que mancha la banda Presidencial del señor Caamaño! Si, tinta es cabalmente, que mancha hasta el patíbulo-, ¡pero que no salpica a un presidente que supo cumplir con un deber! Si el H. señor Cárdenas tiene acusaciones que hacer contra el Gobierno cesante

debe interesarlo, debe discutir con sus ministros, pero en este H. Senado no se aceptará que venga a haceros la apología de la revolución” (Actas del Senado de 1888. Libro 2º, sesión del 30 de Julio, folio 172 y 173).

Que los fusilados eran hombres sin Dios, Patria ni Ley lo dice el hecho de que Vargas Torres, indudablemente el más genuino, más valeroso y más convencido entre los liberales que sucumbieron en el patíbulo, había asesinado a mujeres inocentes en Malacatos, a guardianes del gobierno en Célica y había quemado con petróleo prisioneros en Loja. Esto para él no era crimen sino la consecuencia dolorosa de la Guerra para quitar a los conservadores el Poder. Para Vargas Torres, como para Alfaro, el asesinato y el robo eran buenos si contribuían a entronizar al masonismo en el poder: procedían sin reparar en lo criminal de los medios; y en el colmo de la audacia achacaban con los protestantes esta doctrina a los Jesuitas.

Para contener tantos desmanes Matovelle se muestra ardiente partidario del gobierno fuerte, del que ya Bolívar fue fervoroso partidario. No es posible, dice maniatar al poder y dejar libre a la revolución (4 de agosto de 1888); es cierto que el Ecuador es un Pueblo enfermo,

carcomido como los demás pueblos americanos por el virus revolucionario; y no es posible aplicarse como si se tratase de un pueblo sano todo rigor de los principios políticos; pero los legisladores no deben llevar su condescendencia hasta la debilidad. Es necesario que el Gobierno sea, no solo físicamente fuerte, sino que conserve sus fuerzas morales, goce de amor y prestigio, y que no se sospeche de sus procedimientos, ni se desacredite por personas que están llamadas a hacerlo respetar.

Las palabras del Padre Matovelle parecían caer en el vacío. Era la voz de un Bautista político que clamaba en el desierto. Luchaba para conservar en cuanto era posible un régimen garciano, pero su lucha era contra el torrente, porque las corrientes liberales se habían enseñoreado del siglo. En las cámaras los conservadores estaban en pequeña mayoría y eran muy amigos de condescender para esquivar la lucha. Las barras frecuentemente eran diversas, y el poder ejecutivo por miedo de que se le tachara de tirano, abría cada vez más y más las puertas al mal. Matovelle iba quedando en cada momento más y más solo.

La opción era de arriba y de abajo: arriba se formaban argollas cerradas para el mando en familia y entre amigos, y abajo se cernía sobre los mandatarios una atmósfera de desprecio, que les quitaba toda la fuerza moral. Arriba se contemporizaba con la revolución, abajo se buscaba el poder. El pueblo, eternamente descontento, vivía soñando en un cambio que le trajese la imposible paz idílica soñada por los revolucionarios del siglo XVIII. La catástrofe tenía que venir, pero hombres como Matovelle luchan de pie hasta el final.

CAPÍTULO III

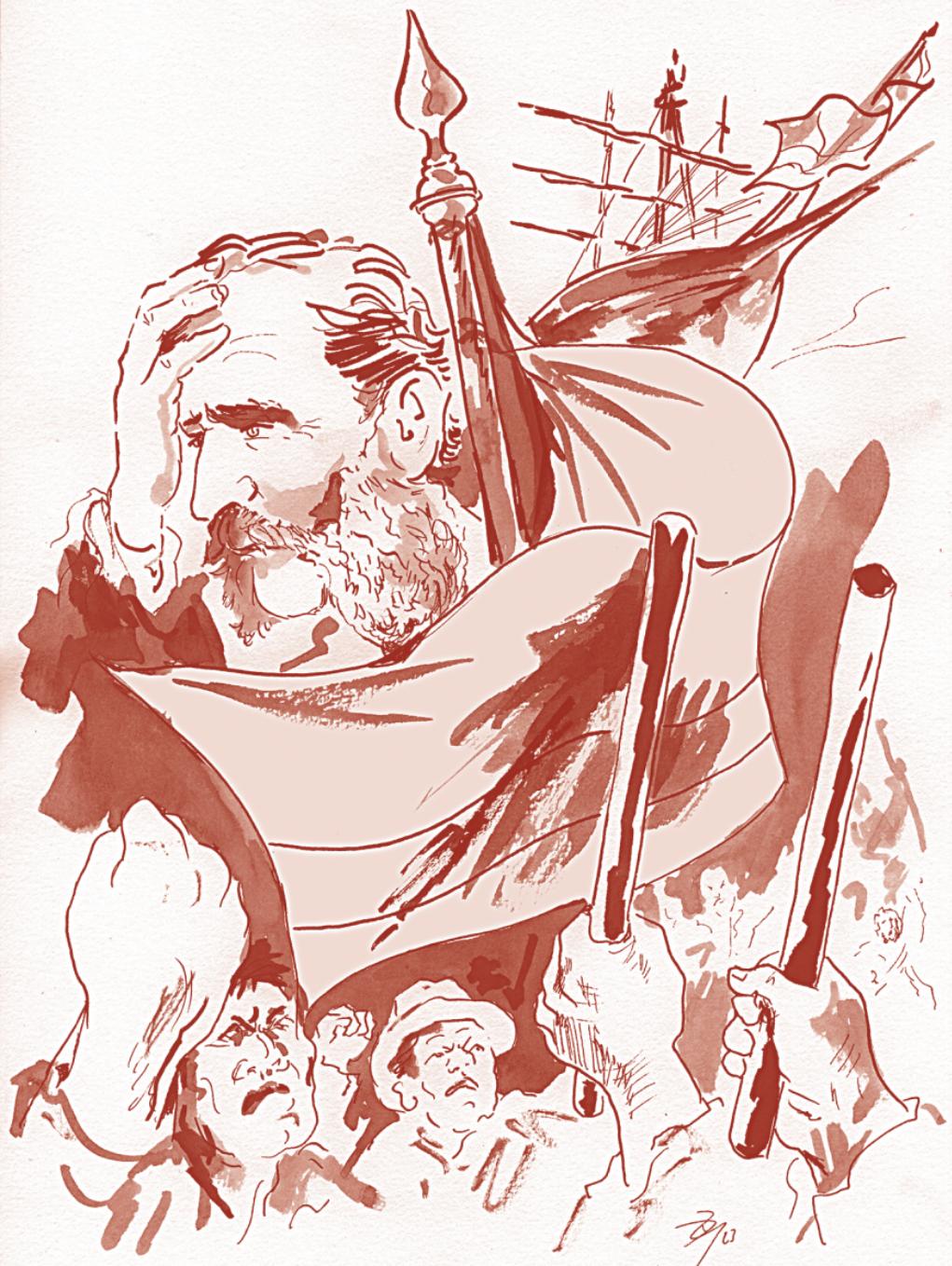
LA BANDERA - MOTINES - CONSERVADORES Y MASONES CONTRA EL GOBIERNO - CAOS - RENUNCIA DE CORDERO - CHONE PROCLAMA A ALFARO CAUDILLO - GUAYAQUIL - EL 5 DE JUNIO - SUCESOS DE LA REVOLUCIÓN.

*F*altaba solo un pretexto para que se viniera al suelo el régimen del progresismo, tan simpático para los liberales, tan poco amigo de los conservadores. Y este pretexto vino. El Sr, Luis A. Noguera, chileno y Cónsul del Ecuador en Chile, sin conocimiento del presidente de la República, Dr. Luis Cordero, pero con la complicidad de funcionarios ecuatorianos subalternos, enarboló la bandera del Ecuador en Valparaíso (3 de diciembre de 1894) sobre el buque Esmeraldas que Chile vendía al Japón. Este país se hallaba en guerra con la China y necesitaba de la bandera ecuatoriana para proteger el barco contra una posible agresión. El hecho, aunque incorrecto,

apenas si merecía tomarse en cuenta, y es un ardid usual, acostumbrado antes y después de 1894 por las naciones más cultas de la tierra; pero fue la señal dada por las logias para iniciar en el Ecuador una era de violenta persecución religiosa. El diario masónico, La Estrella de Panamá comunica al público el feliz viaje de la nave izando como mascota la bandera ecuatoriana.

Los diarios masónicos de Guayaquil comentan la noticia y se escandalizan de tanta afrenta inferida a la Patria. Los liberales, tan patriotas, no podían ver ultrajada la bandera; pero en cambio, por su odio religioso iban a sacar a los misioneros del Oriente ecuatoriano para reducir a la quinta parte del territorio patrio. Su patriotismo era de acomodo, y no llevaba otro fin que entronizar la masonería en el poder.

Con el pretexto de la bandera se hizo un escándalo farisaico y se obtuvo todo lo que deseaba: promover contra el Gobierno la opinión pública. Cayeron en la trampa el pueblo, el partido conservador y hasta algunos sacerdotes. Los únicos que no tragaron la píldora envenenada en el antro de las logias fueron los prelados eclesiásticos y pocas personas que vieron las orejas del lobo entre el alboroto masónico.



Esta ilustración da cuenta del episodio conocido como “la venta de la Bandera” en el gobierno de Luis Cordero en noviembre de 1894.



El patriotismo liberal lanzó la primera pedrada el 8 de diciembre de 1894 en una reunión cívica en la plaza Roca Fuerte de Guayaquil. Al día siguiente, se forma en la misma ciudad una Junta Patriótica para investigar los sucesos del Esmeraldas. Si la buena fe hubiera guiado este procedimiento, se habría sacado en claro que en el suceso del Esmeraldas no hubo delito contra la bandera porque nadie pretendió injuriar ni a ella ni al Ecuador que, si algo hubo, fue un peculado de funcionarios subalternos, cuya responsabilidad correspondía a los jueces averiguarla. Pero no era la verdad lo que se buscaba, sino el engaño de opinión pública para entronizar la masonería en el poder. En opinión del Ilmo. Sr. Schumacher, se ponía un hecho verdadero por delante para juntamente con él hacer tragarse varias mentiras.

En Quito se produjo el primer motín el 13 de diciembre, día en que se reúne también el Consejo de Estado. El 17 el Dr. Cordero en un Manifiesto a la República, dice que no tiene su gobierno participación en el negociado pero que, con la prudencia del caso, para castigo de los culpables, si los hubiere, va a hacer las investigaciones necesarias; y añade que es al poder Judicial y no al Ejecutivo a quien corresponde iniciar ese

enjuiciamiento y proceder al castigo de los funcionarios que resultaren comprometidos en el asunto. Todo fue inútil. Los liberales no querían investigar sino alborotar: no buscaban el castigo de los criminales sino acabar con el último resto de la política cristiana en el Gobierno, política cristiana venida muy a menos con el progresismo. Los escándalos aumentan en tal medida, que el gobierno, en la imposibilidad de mantener el orden por la vía ordinaria, en 24 de diciembre pone el ejército en campaña; y en enero del año siguiente (1895) cancela el nombramiento de Cónsul en Valparaíso al Sr. Noguera.

Los alborotos políticos continúan. Los liberales bailan en la cuerda del patriotismo y gritan cada vez más fuerte con el premeditado fin de no dar a los ánimos seriedad para que el raciocinio se imponga.

El 27 de diciembre de 1894 se fugan de la cárcel de Portoviejo 17 presos y van a engrosar las filas de la revolución; el 29 del mismo mes una chusma, azuzada por la prensa masónica ataca en Guayaquil la casa del Gobernador Caamaño y rompe a pedradas puertas y ventanas. El 17 de enero de 1895 hay otro levantamiento en la misma ciudad, y el 17, como consecuencia de

otro tumulto, quedan tres muertos y siete heridos en las calles.

Numerosos Consejos de la República protestan contra la venta de la Bandera. Los Conservadores más prominentes, Camilo y Clemente Ponce y Alejandro Rivadeneira creen salvar el honor nacional y también protestan. Se fundan periódicos para dar más fuerza al movimiento, y el odio contra Dios mueve las plumas envenenadas de José Lapiere, Luciano Coral, Felicísimo López, Manuel J. Calle y otros de menor cuantía.

Los conservadores se han unido a los masones para procurar la caída del gobierno. Se imaginan que ha llegado la época de Veintimilla, en que marcharon juntos a la lucha: católicos y anticitólicos. La prensa de Guayaquil pide al Dr. Cordero que dimita de su cargo de presidente de la República, y los conservadores, encabezados por el Dr. Ponce, piden también que lo haga (2 de febrero de 1895). Al Dr. Cordero no le quedan ya amigos. Hasta una sociedad literaria de Portoviejo cree caso de honor nacional expulsado de su seno. “Es Zoilo quien saca a Homero del templo de las musas”.

Los conservadores en armas atacan la plaza de Tulcán y son derrotados por el Gobierno (26 de febrero de

1895); los liberales no extremistas sufren también una derrota en San Miguel de Latacunga (Salcedo); pero los liberales de la Costa con sus montoneras continúan victoriosos agitando en todas partes el fuego de la discordia.

Pedro Montero y Enrique Valdés el 12 de febrero de 1895 se levantaron contra el Gobierno en Milagro; al día siguiente se apoderan del ferrocarril del sur en Yaguachi, cortan las comunicaciones telegráficas y aislan la sierra de la costa. El 18 del mismo mes se ataca a la guarnición de Daule; de entre los asaltantes cae Gabriel Urbina, y la prensa de Guayaquil lo coloca en el martirologio liberal. La voz del Ilmo. Sr. Schumacher se alza vigorosa para protestar contra el abuso. El que muere, dice en ejecución de sus perversos designios, no es que muere a mano de los malvados en defensa de la verdad cristiana.

Aun en estas difíciles circunstancias el Dr. Luis Cordero, con un poquito de energía pudo triunfar de todos y mantener la paz, pero no quiso: el liberalismo católico le había penetrado hasta los huesos, y le había enseñado a amar esa falsa libertad que colma de garantía a los malvados y priva de todo derecho a los buenos; no

le entraba en la cabeza que, si los criminales salen a la plaza, la gente de bien tiene que esconderse, y si la gente de bien ha de salir sin peligro a la plaza, es indispensable mantener a los criminales encerrados en la cárcel, dar libertad al mal es privar de libertad al bien, y dar libertad al bien es quitar las alas al mal. El ilustre poeta, en lo político, soñaba con un mundo al otro lado de las estrellas, donde vivían tranquilamente los lobos y ovejas; no le pasaban por la imaginación los

inmensos males que iba a traer sobre la República su conducta cruel e inhumanamente pacifista, no con el pacifismo que es virtud, sino con el pacifismo que los malos exigen a los buenos para tenerlos en sus garras y dominarlos por completo.

El Concejo Quiteño conservador acuerda celebrar el aniversario de Sucre con coronas fúnebres a su monumento: el Gobierno pretende impedirlo, se produce un alboroto y como consecuencia, salen desterrados (17 de febrero) conservadores prominentes como Aparicio Rivadeneira, Camilo Daste y Ramos Aguirre. Se les levanta el confinio el 5 de marzo; pero la agitación popular continua, y el mismo Dr. Aguirre intenta, aunque sin éxito, asaltar la plaza de Ibarra.

Se pretende también sobornar los cuarteles. El 17 de marzo se da orden de prisión contra el Dr. Camilo Ponce por sobornador de la tropa, y a duras penas puede disculparse. Los liberales derrotados en San Miguel de Latacunga (Salcedo) logran entre tanto reorganizar bajo las órdenes de Francisco Hipólito Moncayo, y desde Ambato, donde las montoneras prosperan al amparo de las autoridades, se organiza un ataque sobre Guaranda defendida por el Comandante de Armas, Sr. Darío Montenegro, aquí el cura y las mujeres están por la revolución. El ataque se verifica el martes santo, 9 de abril (1895), quedan en el campo de la lucha más de cincuenta cadáveres y la victoria para los revoltosos es completa.

Aprovechándose del descontento de la Columna Flores por ciertas órdenes disciplinarias, se efectuó en Quito, el miércoles santo 10 de abril, un combate en las calles entre conservadores y progresistas con el saldo de una docena de cadáveres. Al Dr. Camilo Ponce, jefe del conservadurismo tradicional, se le vuelve a culpar de responsabilidad en el movimiento, pero se disculpa.

El caos se cierne sobre la República. Los conservadores que, tan dignos se habían mostrado en la lucha contra



*E*sta imagen representa la narración del Padre Matovelle en forma de visión sobre la muerte de Ramos Iduarte queine montado a caballo al ser preguntado a dónde iba, contestó: a los infiernos.



el progresismo (liberalismo católico, aunque sus adeptos rechazan tal nombre) está ahora manchando sus glorias al dejarse engañar por los masones en lo de la Bandera; al hacer oposición inoportuna al gobierno y fomentar una resolución injustificable y el momento en que el buen sentido aconsejaba unirse para el triunfo de los principios cristianos en la política; y para arrancar la máscara a los adversarios del nombre cristiano. Los progresistas, por su parte, católicos también en su gran mayoría, se preocupan mucho de la enemistad de los conservadores, cuyo triunfo no venía a derrocar a Cristo del poder sino antes bien a asegurarlo aún más, y con su política de tolerancia quieren atraer, aunque en vano, la simpatía de los sectarios. Los dos partidos políticos, olvidados de su altísima misión, vienen a discutir hasta con las armas cuestiones personales y odios de familia, mientras los adversarios minan por su base las seculares instituciones cristianas en el gobierno.

Los únicos que ven con claridad el presente y el porvenir patrio son los Obispos, y hablan sin rodeos. Ninguno se deja engañar por la supuesta mancha de la Bandera, pero el progresismo les ha quitado todo prestigio, y su voz, se pierde, en el vacío. El pueblo continúa obcecado con los fantasmas que le había creado el masonismo.

El Dr. Luis Cordero que, como Juan Montalvo, podía gloriarse de haber afilado con sus escritos el machete asesino, se siente sin fuerzas para arrostrar la tempestad y dimite el 15 de abril, al día siguiente de la revuelta de la Columna Flores. Se había derramado ya alguna sangre y no quería seguir derramándola: era preferible que la derramen otros. Toma el mando el vicepresidente de la República, Dr. Vicente Lucio Salazar. Viene una aparente calma. En la sierra casi todos los pueblos que se hallaban en poder de los revolucionarios, vuelven voluntariamente a la obediencia del gobierno después de varias Conferencias celebradas en Quito. En la costa continuaron las montoneras, porque no satisfizo el nuevo mandatario a quien los masones calificaban de conservador ultra, y los conservadores de anciano enfermo, incapaz para el cargo.

La prensa sigue en su labor disociadora. El encargado del Poder Ejecutivo, el 22 de abril de 1895 tiene que suspender algunas publicaciones, y salen al confinó desde Guayaquil varios personajes de la plana mayor del masonismo. Pero a nada bueno podían conducir medidas tan violentas tomadas en un momento de cólera, si el hombre que hacía uso de ellas no se hallaba en situación de poderlas mantener posteriormente.

El arrepentimiento no se hace esperar, y la oposición toma mayores bríos. Faltaba en el poder un hombre prudente, perseverante, sin miedo, que viese con clara inteligencia y mucha calma los sucesos y fuera midiendo sus fuerzas para ir dando pasos en firme, sin peligro y sin tardíos arrepentimientos.

La revolución avanza. En Chone se combate el 22 de abril, triunfa el Gobierno y quedan tres cadáveres. Los liberales vencidos se reorganizan bajo el mando del mexicano coronel Ramos Iduarte, y del Colombiano Francisco Guzmán y presentan nuevo combate en el punto Los Amarillos, entre Tosagua y Roca fuerte. Son derrotados y los dos cabecillas quedan cadáveres en el campo de lucha, porque al adelantarse ebrios al combate al grito de **muera Cristo**, reciben Iduarte un balazo que le atraviesa la mano derecha y el corazón, y Guzmán dos balazos, el uno en la boca. La mano que tantas blasfemias había escrito y la boca que tantas blasfemias habían pronunciado, fueron en un mismo instante atravesadas por las balas.

En **Memorias y Documentos** el Padre Matovelle refiere así este suceso: Una noche mientras un escuadrón radical vivaqueaba en campo raso, vieron no pocos

saldados a Ramos Iduarte pasar junto a ellos montado en un caballo negro que despedía fuego por las fauces. Preguntaron de a donde iba, y con tono sarcástico respondió: A los infiernos. Poco después llegó a saberse que, a la misma hora de esta terrible aparición, Ramos Iduarte había muerto.

El terrible escarmiento en personas particulares no quitaba su empuje a la revolución, porque había llegado la hora de las tinieblas en que el pueblo y los grandes políticos iban a caer en manos de la masonería.

El 5 de mayo de 1895 se firma un Acta en Chone proclamando a Eloy Alfaro caudillo de la revolución, y el 9 del mismo mes Manuel Serrano ataca a Machala al grito de ¡Viva Alfaro! Plutarco Bowen se declara también alfarista, y vive del saqueo en la Provincia de los Ríos, pero al atacar la plaza de Babahoyo es derrotado el 17 de mayo. Esmeraldas cae también en poder de la revolución, pero el gobierno la recuperó. En Riobamba se grita por los adictos al nuevo régimen: **¡Viva Alfaro, abajo el Obispo!** y en Roca fuerte (Manabí) se lanzan vivas a la masonería y mueras a Jesucristo. Que la lucha era religiosa no había la menor duda.

Para procurar contener los movimientos subversivos el 11 de mayo convoca el Gobierno a elecciones para un Congreso Extraordinario que debe reunirse el 11 del mes siguiente. En la sierra hay relativa calma, y hasta se verifica el sufragio con alguna tranquilidad, pero en Guayaquil el populacho arroja mesas y urnas al río, y en toda la costa continúan las montoneras. Caamaño ha tenido que abandonar el cargo de gobernador y salir fuera de la República. Le reemplazan José María Sáenz, Gabriel Enrique Luque, Fernando García Druet, y el 24 de mayo (1895) se hace cargo de la gobernación el Dr. Rafael Polit, conservador adicto a la revuelta, que lanza en seguida su proclama, para encauzar, como él dice, más ordenadamente el movimiento.

¿Y la Bandera? Ya nadie se acuerda de ella. De los resplandores del peculado, si es que lo hubo, ninguno está ya en el Gobierno. ¿Por qué no ir tranquilamente a las elecciones? Los masones se ríen. Los católicos comienzan a abrir los ojos. En Guayaquil se pide a gritos la guerra. El 3 de junio llega a esta ciudad una tropa de Daule; el pueblo, creyendo que viene en derrota empieza a silbarle en son de burla; los soldados enfurecidos disparan contra los asaltantes, la policía se pone de parte de estos, y hay un tumulto

de desagradables consecuencias. Al día siguiente el comandante de armas Reinaldo Flores, abandona la plaza, y el Gobernador Dr. Polit renuncia a su cargo ante la Junta de Notables, donde junto a masones activos actúan conservadores tan valiosos como Rafael María Arízaga. Esta Junta suplanta al gobierno, nombra Jefe Civil y Militar de Guayaquil al Sr. Ignacio Robles, y de Intendente a Juan Francisco Morales. Los soldados de los cuarteles, al saber la fuga de su jefe el General Reinaldo Flores, se indignan, no quieren adherirse a la transformación y prefieren tomar el camino de la guerra. Con los rifles y cañones que quedan abandonados en los cuarteles los liberales se arman. La revolución ha ganado la primera etapa.

El 5 de junio el mal lanza su grito, y desde Guayaquil se llama al general Eloy Alfaro, que se halla en Centro América, para que venga a ponerse al frente de los destinos nacionales. Al llamamiento no le faltaron votos de los católicos. El liberalismo masónico ha encontrado su verdadera fecha. El 18 del mismo mes Alfaro llega a Guayaquil, y sus primeras palabras son una promesa de que viene a destruir la Teocracia del Ecuador. AL día siguiente asume el mando. Poco después por el camino de Babahoyo manda el General Cornelio.



*E*n el contexto de violencia vivido por Ecuador en la última parte del siglo XIX, había en todo caso momentos de paz como el expresado en la presente imagen, se trata del traslado de la Virgen del Éxtasis desde la Catedral de Cuenca a la Iglesia de la Merced de los Padres Oblatos.



El 25 de julio, Alfaro sale desde Guayaquil por agua hasta Yaguachi y sube por Alausí, en donde se le junta la gente de su hermano Medardo. Por el Oro sube también el General Manuel Serrano a ocupar por la revolución las provincias del Azuay. Se le cierra al Gobierno por todas partes la salida a la Costa, y Alfaro envía comisiones a Quito y Cuenca para que pacíficamente se le entreguen estas plazas y se evite la guerra.

Los sucesos que siguen dejemos referir al Padre Matovelle que se hallaba en Cuenca y los relata en Memorias y Documentos. Alfaro, dice, simbolizaba en su persona, entonces como ahora (1909) el radicalismo, la impiedad y la masonería; adherirse a él, además del crimen de rebelión por el desconocimiento del legitimo Gobierno de Quito, significaba la apostasía de los principios católicos reemplazarlos con los perniciosos del liberalismo ateo y corruptor. Llega la diputación de Alfaro a Cuenca, y atraviesa por sus principales calles al tiempo que la nueva estatua de Nuestra Señora del Éxtasis era llevada en triunfo a la Catedral para el solemne triduo que en su honor iba a verificarse por disposición del Prelado de la Diócesis. Cosa notable: la Santísima Virgen echa al suelo todos los planes de Alfaro, porque el Gobernador, el Comandante

General y todas las autoridades de Cuenca con el pueblo rehuían adherirle al movimiento revolucionario de Alfaro y permanecen fieles al Gobierno legítimo y a los principios católicos. Eso produce el desengaño ante el partido triunfante, y en Cuenca, la salvación de esta ciudad se atribuye por todos a la protección visible y manifiesta de la Santísima Virgen. El triduo se celebra con gran concurrencia y se termina con una comunión numerosísima y con el traslado de Nuestra Señora del Éxtasis en procesión de la Catedral a la Iglesia de los Oblatos. Acompañan a la Santa Imagen jefes y soldados de la pequeña guarnición de Cuenca, y en el atrio del Templo se distribuyen escapularios del Sagrado Corazón ¡Cosa admirable! Esta pequeña guarnición, habiendo marchado al Sur, donde se había proclamado Alfaro, alcanzan una brillante victoria en la ciudad de Loja, que torna a unirse a la causa legítima y conservadora.

Cuenca, continua Matovelle, queda convertida en blanco de las iras del radicalismo, que organiza una fuerte expedición por Machala y se lanza sobre la ciudad por la vía de Girón. Las fuerzas conservadoras al mando del General Antonio Vega traban combate con los liberales (25 de agosto de 1895) precisamente

la víspera de la fiesta que con gran pompa iba a celebrarse en honor de Nuestra Señora del Éxtasis en la Merced. El triunfo fue para los liberales. ¡Oh qué prueba tan amarga y dolorosa fue esta! Toda la ciudad se había agolpado por decirlo así, en la Iglesia de la Merced a orar a las plantas de Nuestra Señora del Éxtasis pidiéndole la victoria durante todo el día 25. Pues a consecuencia del desastre, las familias que habían tenido sus víctimas en el campo de la lucha se declararon francamente católicas y dieron las espaldas a la revolución. Además, el desastre de Girón fue un sacrificio sangriento ofrecido por Cuenca, en aras de la sangre de sus hijos, contra el sinnúmero de atentados y desafueros cometidos por el radicalismo triunfante contra los derechos sacrosantos de la Iglesia.

Matovelle dice una gran verdad. Las injurias del liberalismo han hecho progresar inmensamente la causa católica en la República. Cientos de predicadores no hubieran logrado probar ante los ojos del pueblo lo pernicioso del liberalismo, como prácticamente lo han demostrado sus propagandistas y adalides, que han concluido por poner al Ecuador a la cola de países de América y hacerle soportar, en el concierto internacional, vergüenza que sus hijos nunca soñaron.

Hoy la costa es diez veces más católica que lo que era en los últimos años en la época conservadora, por los días del progresismo. El odio masónico a la Iglesia ha provocado hastío en las masas populares, y estas masas, en ansia de paz y felicidad, vuelven a Dios y no creen en las repetidas promesas de la libertad liberal, que en vez de amor les da odio, y cuando quieren levantarse a ejercer sus derechos cívicos, en vez de derecho les da garrote y en vez de pan, bala. La mejor prueba de esta afirmación es la historia de medio siglo. A los ojos de la fe, el liberalismo como fobia religiosa ha sido una bendición para los intereses católicos de la República. Sigue siendo una gran verdad la antigua frase: la persecución es semilla del cristianismo.

CAPÍTULO IV

ALFARO EN QUITO – OPOSICIÓN DE LOS CONSERVADORES – EN CUENCA – ASESINATOS – PERSECUCIÓN RELIGIOSA – SE ABANDONA EL ORIENTE.

El 14 y 15 de agosto de 1895, las tropas de Alfaro y las del Gobierno combaten en Gotazo, cerca de Riobamba. El Clero de la ciudad en servicio de la causa católica había contribuido con \$ 14.600 para el mantenimiento del gobierno legítimo e hizo todo lo posible para levantar el espíritu patriótico de la tropa, pero todo fue inútil, y el triunfo de Alfaro no tardó en conocerse. La tropa abandona Ambato, donde aún puede fortificarse, se retira a Quito y, en vez de resistir en esta ciudad, la abandona también, entre silbidos de la multitud. El pueblo, cansado de los regímenes progresistas, veía venir el liberalismo con temor por el credo religioso, pero con cierta secreta alegría de

que viese a dar fin al privilegio de familias y castas que habían acaparado el poder. El 4 de septiembre, en medio de la indiferencia ciudadana, Alfaro entra en Quito y ocupa con su tropa los conventos. Con el apoyo de las logias masónicas, había cumplido el sueño de su vida. Se hallaba en el Capitolio. De los hombres del progresismo, los católicos pliegan a los conservadores, y los liberales se van con Alfaro. Comenzaba una nueva etapa en la historia de la República.

Uno de los primeros actos del mandatario masón es maltratar de manera más canalla al Arzobispo, Ilmo. Sr. González Calisto, en la noche del 26 de septiembre de 1895. Este buen Prelado se retira a los Chillos, región cercana a Quito, y desde allí desahoga su pena con Matovelle a quien escribe a Cuenca: “Yo debí haber muerto en la memorable noche del jueves 25 del pasado” dice, porque sobre mi cabeza y en torno mío, cayeron para despedazarme innumerables puñales y machetes en mano de hombres ebrios de licor y furia. Era una víctima indefensa, un cordero en medio de lobos rabiosos. Pero el Santísimo, estaba expuesto en la Capilla Mayor, y los fieles pedían por mí. Seguramente esas oraciones impidieron mi muerte. No me mataron porque la palma del mártir no la concede a todos Dios



TM

*E*sta ilustración da cuenta del espíritu evangélico del Padre Matovelle, cuando en medio de tantos muertos a causa de razones políticas, se preocupó de socorrer a los moribundos.



Nuestro Señor. En medio del peligro me consolaba el pensamiento de que iba a morir por la Iglesia. Véngase a Quito, tengo necesidad de su presencia. No le ofrezco dignidades brillantes, porque solo tengo abrojos y espinas; Ud., es amante del martirio, ni recibirá en mi Diócesis corona de esmeraldas ni de perlas, pero quizá si la palma de los mártires; véngase; sea mi Cirineo. Piense en Dios, medite, resuelva”.

Cuenca pasaba por el mismo doloroso calvario que Quito. No era posible abandonarla en la hora dura de la prueba. Los Oblatos necesitaban de la presidencia de su Fundador para no desfallecer en el combate: Matovelle piensa ante Dios en el llamamiento del Arzobispo; pero el ángel bueno le dice en el fondo del alma que más falta hace en Cuenca. No acepta la invitación.

Los conservadores creen, entre tanto, que es de su obligación entrar en armas contra Alfaro en defensa del Gobierno legítimo a que tienen derecho los pueblos. Y en 1895 combaten en Caranqui el 22 de septiembre, y en Chapués el 2 de diciembre. La victoria no les sonríe, pero no se desaniman. Es necesario derrocar al usurpador y tirano. El 16 de marzo de 1896 las calles de Guayaquil se inundan de sangre y el 29 de mayo hay

una feroz lucha en las Cabras. El 1 de junio de 1896 se inicia en San Andrés el levantamiento de las provincias del centro y se libran los combates de Chambo (3 de julio), Quìmiag y Santo Domingo (17 de julio) con el triunfo para los liberales, y los combates de Guangopud, Pangor, Columbe y Taquis en los días 15, 16, 17, 18 y 19 de julio con el triunfo para los conservadores. Cuenca es defendida por los católicos el 5 de julio, pero el 22 le cercan los liberales con fuerzas inmensamente superiores.

Oigamos al Padre Matovelle como se refiere el combate del día siguiente en que los liberales con furor verdaderamente maligno a los gritos de viva Cristo respondían, viva el diablo.

“En la fiesta de Nuestra Señora del Éxtasis, el 23 de agosto luchan todo el día las fuerzas conservadoras en número de 300 hombres, casi sin jefes ni oficiales, contra más de 3.000 hombres del ejército radical comandado por Eloy Alfaro en persona. La lucha es espantosa y sangrienta; se prolonga desde la mañana del 23 hasta muy entrada la noche del mismo día. El ejército radical circunvala a Cuenca por los lados de Sureste, aposta sus cañones en la colonia de Culca y envía sobre la

ciudad una lluvia de granadas que causan daños de consideración. Los católicos no se dejan intimidar ni por el número ni por la superioridad de las armas; combaten denodados contra las huestes alfaristas defendiendo calle tras calle y palmo a palmo la ciudad confiada a sus cuidados. Cincuenta personas de las principales de Cuenca dan su vida en la jornada en defensa de la religión y la buena causa. Al día siguiente hallándose la ciudad en imposibilidad absoluta de resistir, hace con Alfaro el arreglo más ventajoso que puede y se rinde. Tal fue el término de la sangrienta jornada en que aparecieron de las fuerzas alfaristas más de mil doscientos hombres, y de la guarnición de Cuenca, cincuenta de entre los trescientos combatientes”.

El blasfemo Luciano Corral que pone a Matovelle entre los atacantes del 5 de julio cuando tomaron los conservadores, informa de que participó activamente en la defensa armada del 23 de julio. Es verdad que Matovelle simpatizaba con los conservadores, que defendían la causa de la República, pero es falso que haya empuñado las armas: su oficio se redujo a prestar a los combatientes los servicios espirituales para una dichosa muerte.

¿Pero cómo vino la espantosa derrota después de tantas oraciones?

El Padre Matovelle responde:

Esta derrota fue la más esplendida victoria en las provincias del Azuay y Cañar. Se abrió un abismo insondable entre la población de Cuenca y el partido radical de Alfaro, y merced a esta división insondable ha mantenido el pueblo hasta el día (escribía en 1909) sus convicciones católicas. Por otra parte, en medio de la lucha entre católicos y radicales suceden hechos heroicos, hermosísimos y ejemplares que Dios tomará en cuenta para bendecir a esta cristiana ciudad. El joven combatiente Luis Mosquera se sorprendió por una partida alfarista frente a la Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús. ¡Abajo el Clero, abajo la religión, le dicen y añaden gritando: ¡Diga Ud., viva Alfaro! El joven alza la voz y dice: viva la Religión. Suena una descarga y cae en la tierra acribillado por las balas de los sicarios. Las personas piadosas que dieron sepultura al cadáver afirman, que sus miembros estaban tan rozagantes, manejables y flexibles como si fueran los miembros de un cuerpo vivo: era que en esos restos mortales había algo de la gloria de los mártires. El estudiante

de medicina Antonio Harris antes de entrar al combate hace una fervorosa confesión y recibe el Pan de los Ángeles como casi todos los conservadores que toman parte en la lucha; en las primeras horas del tiroteo cae atravesado la frente por una bala, y los que recogen el cadáver afirman haber hallado en sus miembros el mismo fenómeno que en Luis Mosquera. Un hombre del pueblo, Marcial Briones, tiene también hermosa muerte, no en la jornada del 23 de agosto, sino un año después. Hallándose en Azogues durante las elecciones para la próxima Convención y trabajaba con gran empeño para el triunfo de la lista católica. Una noche le encuentra una partida de radicales que trabajan por sacar triunfante a los candidatos de la secta. ¡Viva el Gobierno! (de Alfaro) le gritan. ¡viva la religión!, responde, y cae atravesado por un balazo que le disparan sus contrarios.

“Pero no falta, continua Matovelle, hechos terroríficos. Entre los muchos heridos del bando radical que quedaban en Cuenca después de la jornada del 23 de agosto de 1869, hay un soldado alfarista a quien los médicos amputan los brazos y piernas y le dejan reducido al tronco. El infeliz al verse en tan triste situación confiesa poco antes de morir que muy

justamente padecía todo esto, porque el había hecho lo mismo con un Santo Cristo al pasar por Girón”.

“Esperamos, concluye Matovelle, que la Reina poderosa del Cielo salve a la Patria en no lejano día del fiero yugo del radicalismo y la encamine por la senda de la verdadera religión cristiana”

Alfaro en los comienzos de su Gobierno quiso manifestar una neutralidad en asuntos religiosos; se dirige al Sumo Pontífice para arreglos concordatarios en garantía del catolicismo; se interesa por la beatificación de Mariana de Jesús y concurre alguna vez oficialmente a las fiestas religiosas de la Catedral, una de ella, si mal no recordamos en honra y gloria del Sagrado Corazón.

En los asuntos quiso dar a entender que daría libertad de sufragio, y con este fin dictó la Ley de Elecciones de 1896 en que, si bien excluyó a los eclesiásticos de las fundaciones legislativas, hizo concebir esperanzas de que el voto del ciudadano sería garantizado.

Pero junto a estos actos oficiales emprende campaña contra el clero en toda la República y en Azogues se insulta y calumnia a los Oblatos allí establecidos.



*M*atovelle perseguido por Alfaro en razón de sus ideas políticas, jamás creyó en las buenas intenciones de quien un día lo condujo al exilio.



Lo que piensa el Padre Matovelle de estos asuntos puede verse en varias de sus cartas dirigidas de Cuenca al Padre Virgilio Maldonado, Superior de los Oblatos en Azogues. El 15 de noviembre de 1895 le dice: "Las ofertas de Alfaro son solo palabras no espere nada de ellas", y en marzo 18 de 1896: "He leído el papel publicado contra nosotros en Azogues, juzgo por ahora que no hay más remedio que callar. Las autoridades de esa se hallarán muy exasperadas con el ultimo numero de la Luz, periódico en que nos hace justicia; defendernos es provocar a que continúen atacándonos y se publiquen documentos ciertamente muy odiosos. Por ahora la mejor contestación es el silencio. En lo relativo a la cuestión eleccionaria, mientras el Administrador Apostólico les señale a los curas otra línea de conducta, la actitud debe ser de expectativa: En privado aconsejar a los buenos que voten por la mejor lista de las que se presenten, pero en el pulpito no tocar el asunto".

Tenía razón Matovelle de no creer en las promesas de Alfaro, que hablaba una cosa con la boca y lo contrario con las obras. Copiemos un párrafo de la biografía del Ilmo. Sr. Andrade, que pinta lo triste de la situación: "De las propiedades rústicas de muchas personas

desaparecen los ganados y las cosechas, por abusos o para dar de comer a la tropa. Mujeres hay que por los vejámenes de la soldadesca liberal pierden el juicio. A Arcesio Portilla, que cayó prisionero en las Cabras, lo matan torciéndole el pescuezo como si se tratase de una gallina”.

A Víctor León Vivar, el joven periodista y valiente soldado de tantas esperanzas para la Patria, lo fusilan sin fórmula de juicio en Quito en el cementerio de San Diego a las tres y media de la madrugada del 6 de agosto de 1896. En este mismo año en Cuenca se asesina al Comandante Guillen de la manera más inhumana. En Guayaquil, para contener a la chusma que así lo pide, Alfaro, cruelmente, sin fórmula de juicio manda fusilar al ciudadano Juan Tello que cae en el Malecón acribillado a balazos y declamando a gritos que es inocente del crimen del incendio del día anterior que se le imputa (6 de octubre de 1896). En Celica sin fórmula de juicio se fusila a prisioneros con agua helada. Se recluta a pacíficos ciudadanos y se los lleva a morir en los campos de batalla por ideales que no son suyos. Se atormenta al adversario con el conocido cepo del trapiche. Y todo sin que haya juez que se atreva a levantar una información judicial por

falta de garantías para tramitar la causa, por miedo de caer también víctimas de los mismos atropellos que se pretende juzgar a por complicidad del juez con el Ejecutivo. Se cancelan las deudas de los amigos de la causa a favor del Fisco, a pretexto de que se trata de buenos y honrados padres de familia. Se condonan dineros robados y hasta se llega al cinismo de llamar teorías frailescas las que tienden a asegurar la buena inversión de los caudales públicos.

“En asuntos religiosos se pretende desde el primer momento hasta reglamentar el toque de las campanas; se asalta el palacio del Arzobispo, se maltrata al prelado y se quema el valiosísimo archivo. Al dominico Manuel Donis se le da de bofetadas por decir en el pulpito que Alfaro no es católico. En Manabí se persigue como a criminales a sacerdotes, religiosos y monjas y el Prelado tiene que aislarse en Colombia y le queda prohibida la entrada a Ecuador. En Quito se reduce a prisión al sacerdote Pedro Espinosa, cura de Santa Prisca, al Sr. Luis González, cura de Amaguaña, al Sr. Pedro Hidalgo, cura se San Blas imputándoles falsos delitos. El 16 de marzo de 1896 se saca a los Capuchinos de Ibarra en medio de la lluvia, a pie entre maltratos de los soldados; en la noche del 23 al 24 de

agosto se saca a los Salesianos de Quito y a través de la selva se los lleva a arrojar en un lanchón en las aguas del océano. Se intenta sacar a los Franciscanos de Quito y se desiste solo por la enérgica actitud del pueblo. A los dominicos Duranti y Le Cámara se les da orden de abandonar el territorio patrio. Se saca a los Jesuitas del Napo (9 de septiembre de 1896) y se entrega ese territorio, por el odio sectario, al enemigo secular. Faltos de auxilio económico los Franciscanos tienen que abandonar parte del territorio de Oriente confiado a sus cuidados. Se levantan conspiraciones: se expulsa a las hermanas del Buen Pastor; se cierran las escuelas de los Hermanos Cristianos privándolas de la subvención; de Loja se saca desterrando al Superior de los Lazaristas. En abril de 1896 se lleva preso y se le ponen grillos al Sr. Raimundo Torres, cura de San Felipe en la Diócesis de Riobamba. En junio del mismo año se ordena el destierro de los canónigos de Quito, Juan de Dios Campusano, Abel Echeverría, José María Terrazas y Ulpiano Páez Quiñones, y al Presbítero Joaquín Borja. Al mes siguiente se encarcela al Superior del seminario de Quito, Juan Stapers. El 12 de agosto de 1896 se asesina en su cama al sacerdote Eudoro Maldonado, por el crimen de haberse hallado rezando

en el cementerio en momentos del asesinato de Vivar, al que logra darle los últimos auxilios religiosos.

Este último sacerdote era hermano del Superior de los Oblatos de Azogues, padre Virgilio Maldonado, a quien Matovelle escribe desde Cuenca: "Como hermano ha debido apurar lo amargo del cáliz y le doy mi más sentido pésame no solo en nombre mío sino de todo el instituto que acompaña a Ud., en su justísimo dolor. En la Merced celebraremos un oficio fúnebre por el eterno descanso del alma del difunto sacerdote. Mas, si es justo dar a la naturaleza lo que le pertenece, la gracia debe al fin triunfar sobre todos nuestros movimientos. A la luz de la fe la muerte de su hermano no puede ser más gloriosa; por tanto, en vez de pésame doy a Ud., mi más entusiasta felicitación, pues el Señor se ha dignado elegir en su familia una víctima de la causa católica del Ecuador".

Los abusos del liberalismo masónico continuaron, como también la resistencia armada conservadora en defensa de los intereses católicos de la República. El Padre Matovelle sigue en su convento de Cuenca alejado de la política, en cuanto es solo política; pero no de la política en cuanto a la religión. Como el

nuevo orden le aleja de la función pública, dedica sus actividades preferentemente a velar por el bienestar religioso, material y económico de la casa matriz de los Oblatos y sus comunidades. En enero de 1895 había recibido una petición del Ilmo. Sr. González Suárez, en que le invitaba ir a su Diócesis y establecer un convento con sus religiosos en Otavalo, donde le daba toda clase de facilidades. No pudo acceder a tan gentil petición, porque no era posible extender las casas y actividades de los Oblatos en circunstancias en que debía primero mantener lo existente con el cuidado, diligencia y disciplina que eran posibles.



Esta ilustración muestra el evento prodigioso de la aparición de la Virgen María en el firmamento, que más adelante será conocida como la Virgen de la Nube.



CAPÍTULO V

MATOVELLE Y NUESTRA SEÑORA DE LA NUBE – EL SACRILEGIO DEL 4 DE MAYO – DEVOCIÓN DE MATOVELLE A LA EUCARISTÍA.

*P*or esta época se celebraba el segundo centenario del Milagro de Nuestra Señora de la Nube (12 de diciembre de 1896), y casi todos los Prelados de la República dedicaron pastorales a conmemorar el suceso.

Matovelle desde 1888 se había dedicado a propagar esta devoción a consecuencia de haber sanado en este año de cierta dolencia física. En 1889 publica un pequeño opúsculo, y en 1894 su primera novena con una pequeña nota histórica del origen de la advocación. Dice: “A fines de 1696 el Obispo de Quito Dr. Dn. Sánchez de Andrade y Figueroa se hallaba enfermo

de gravedad. Desahuciado por los médicos recibe los últimos sacramentos. Esta muerte era dolorosa para la Diócesis, porque el Prelado era vigilante en el Gobierno y con su conducta, órdenes y visitas pastorales había destruido los vicios, reformando las costumbres y puesto orden y disciplina en los Monasterios. La ciudad se conmueve ante la noticia, y, para obtener salud del Prelado, el mismo día en que se le dan los últimos auxilios religiosos traslada de Guápulo a Quito la imagen de Nuestra Señora de Guápulo, muy venerada en aquella época, al día siguiente con la milagrosa imagen sale una procesión de la Catedral por San Francisco y luego a Santa Clara, en este sitio a eso de las cuatro y media de la tarde; ente el presidente de la Audiencia, sacerdotes, nobles, autoridades y numeroso pueblo flota en la región en medio del aire, hacia Guápulo, una imagen blanca, hermosísima y colosal de María, de pie sobre una nube negra, con corona en las sienes, en la mano derecha un ramo de azucenas y en la izquierda el Niño Jesús, ante quien inclina dulcemente la cabeza. Todos ven la aparición. A poco un viento huracanado pasa sobre Quito, se arremolinan las nubes y la Imagen desaparece. El Obispo sana de su enfermedad, se levanta un proceso canónico que certifique el prodigo

ante las generaciones venideras, y el cabildo ordena celebrar todos los años el 30 de diciembre una fiesta a Nuestra Señora de la Nube. El 2 de diciembre de 1702 pasa a mejorar la vida del Ilmo. Sr. Andrade y Figueroa con el recuerdo del milagro y el rezo del santo rosario en los labios". Con motivo del segundo centenario del prodigo, Matovelle publica en 1896 la segunda edición del folleto, aumentada y corregida. Renace el poeta de los años juveniles y canta:

Ven, mística Nube,
ven, cándida Rosa,
ven, Madre amorosa,
ven, Reina de amor,
reina en nuestra tierra,
reina en nuestro suelo,
¡Oh Reina del Cielo!
¡Oh Madre de Dios!

Hace en los versos siguientes la historia de la aparición, recuerda la piedad de la Colonia, la consagración de

la República al Sagrado Corazón de Jesús por García Moreno, y ante el presente ennegrecido por las sombras y el futuro que presagia tormenta clama:

¡Ah! La Nación que ayer se proclamaba
amante fiel, disculpa del Hijo,
es del error la envilecida esclava.
¿Y lo sufre tu amor? ¿Tu afán prolijo,
al mirarlo no gime, no padece?
Peregrina paloma de los cielos,
aquí, donde el cóndor el vuelo expande,
entre las cumbres nítidas del Ande,
con tierna dilección has escogido
lugar para tu nido;
la herencia tuya somos, tus polluelos;
a tu sombra acudimos por amparo.
¿Nos negaras tu amor y tus desvelos?
el buitre no abandona el nido caro
ni a la tímida prole que le aguarda
buscando el ala amante que le cubre;

¿Tu tierno Corazón, dulce María;
podrá olvidar al pueblo que en ti fía?
Sé madre nuestra, oh Virgen de la Nube.

Pero como arrepentido de que la pequeñez humana pida cuentas a la Divina Providencia, no quiere que se cumpla su voluntad sino la voluntad de Dios. Pone con tal fin el siguiente acto de sometimiento a Dios hasta en el último instante: "Jesús mío: Vos consentisteis en morir en una Cruz por mi amor; yo consiento en la muerte y en todos los padecimientos y trabajos que le acompañan, por amor de Vos. Os ofrezco, Señor, mi vida; pronto estoy a abandonarla en el instante que queráis y del modo que dispongáis. ¡Hágase vuestra voluntad y no la mía! Una sola cosa os pido, Salvador mío y mi único bien, y es que me concedáis morir en vuestra gracia y en un acto purísimo de amor a Vos. Quiero entregar mi espíritu en la llaga abierta de vuestro Corazón Santísimo y bañado con la sangre adorable que por rendirme derramasteis en el Calvario.

Al año siguiente su honda y sentida piedad se manifiesta de nuevo con motivo de un horrible sacrilegio. El 9

de octubre de 1896 la Convención había iniciado sus sesiones en Guayaquil para continuarlas poco después en Quito a causa de las epidemias que con la proximidad del invierno comenzaban a desolar la Costa. No había ningún Diputado católico, porque con la farsa del voto popular manejado por los garroteros, Alfaro hizo la elección de sus convencionales. Se blasfema mucho y se dan leyes sectarias. Se hallaba aun reunida esta Asamblea, cuando el 4 de mayo de 1879, a consecuencia de una derrota de los conservadores, la soldadesca liberal penetra en el templo de San Felipe en Riobamba y comete horribles excesos, bebe licor en los cálices, pisotea la Sagrada Hostia y asesina al Rector de los Jesuitas R.P. Emilio Moscoso. La Asamblea quiere sacar de la República a los Jesuitas, pero tiene que desistir por la enérgica actitud del pueblo. Alfaro desfoga su furor sectario sacando al destierra al Ilmo. Sr. Andrade.

Mientras los católicos lloran el sacrilegio, los masones lo celebran porque se va enseñando a las turbas a perder el miedo religioso. La ciencia comienza a disipar las tinieblas de la ignorancia, dicen, y el Ecuador no podrá progresar mientras los fanáticos continúen adorando a



*E*sta es una faceta muy importante del Venerable Padre Julio María Matovelle, su pluma de escritor y poeta lo condujo a expresar las verdades más profundas en torno al Hijo de Dios y naturaleza divina.



un Dios de harina. Toda la prensa liberal y masónica alza la voz para burlarse de Dios y los católicos. Matovelle no puede soportar con la paciencia tanto ultraje al Dios humanado y funda en defensa del augusto Sacramento del Altar una revista religiosa, El Heraldo de la Hostia Divina, que aparece bajo la firma de responsabilidad del Canónigo Tomás Alvarado. Entre los muchos escritos de su pluma merecen especial mención, Noticia Histórica de la obra de adoración nocturna y el Dogma de la Presencia Real. De este último se hace un folleto aparte que pronto se agota, porque es un inestimable trabajo de piedad sincera, honda filosofía y sólida argumentación en defensa del augusto Sacramento del Altar. Resumámoslo.

No solo los milagros y profecías prueban la verdad de la Religión Católica sino también la historia, la filosofía y todas las ciencias. El enigma del catolicismo no es la ciencia sino la ignorancia; no tampoco la ignorancia humilde que reconoce su bajeza y trata de salir de su miseria, sino de la ignorancia altanera y orgullosa, que por un andrajoso de verdad con que se cobija, no ve el resto de su vergonzosa desnudez y cree saberlo todo y dictar las leyes al mismo Dios. La Iglesia no ve a la

ciencia, antes la busca, la fomenta y la desarrolla; no teme tampoco a la masonería, tejido monstruoso de cuentos absurdos y fabulas detestables. ¿Podrá tener ahora a cuatro periodistas atolondrados del Ecuador? Los que saben algo de catolicismo no pueden menos que reír de indignación y lastima ante la audacia de escritores que no tienen otro motivo de hablar que el odio sectario y su ignorancia. Pero ¡ay! cuántos otros por un descuido deplorable de sus deberes religiosos, por la liviandad de sus costumbres y una completa ignorancia de lo que concierne a la fe, a pesar de lo que se llaman católicos, hacen coro con los que se llaman impíos y acogen y hasta aplauden sus blasfemias.

Divide la obra en nueve capítulos. El primero trata de la divinidad de Jesucristo. ¿Cómo probarla? Ante la razón es muy fácil, pero es muy difícil hacerlo en nuestra República, donde los adversarios de la Sagrada Escritura son hombres sin Dios, ley, ni conciencia, que no creen ni aun en su propia alma y a quienes, antes de enseñarles las verdades de la fe, hay que convencerlos de que son en verdad hombres y no puramente bestias. El segundo capítulo trata de la autoridad de los Evangelios; hoy los sabios incrédulos no disputan

ya sobre la autenticidad; niegan simplemente que sean inspirados. En el tercer capítulo habla del dogma de la Presencia real: Jesucristo permanece en la Sagrada Eucaristía no de modo simbólico o representativo sino real, verdadera y sustancialmente. El cuarto capítulo se refiere a los fundamentos de la fe. La Santa Iglesia es el órgano autorizado y auténtico que Dios tiene en el mundo para enseñarnos lo que debemos creer; si alguien nos increpa porque creemos que existe Londres dándonos por motivo para su increpación el que jamás lo hemos visto, y que no se debe creer lo que no se ve, a hombre de tan poco seso lo tendríamos por tonto o loco, esto mismo pasa con los enemigos de nuestra fe, Si creemos a los hombres, ¿Por qué no hemos de creer en Dios? Consagra el quinto capítulo al dogma de la presencia real ante el testimonio de las Sagradas Escrituras. En el sexto prueba este mismo dogma por la tradición, los santos padres, la liturgia, las catacumbas, las calumnias de los gentiles que imputaban a los cristianos en crimen de inmolar un niño, por el testimonio de las Iglesias, que separadas de Roma hace muchos siglos conservan la fe en este misterio. Cuando un escritor impío se ha atrevido a decir en el Ecuador que el dogma de la presencia

real de Jesucristo en la Eucaristía es invención del fanatismo católico, ha dado pruebas, no solamente de impiedad sino de la historia eclesiástica. En el capítulo séptimo trata con alguna extensión de los milagros, y en el octavo, de algunas objeciones contra el dogma. ¿No podemos decir adecuadamente lo que es una hormiga, y alcanzaremos a comprender lo que es la esencia de Dios? El misterio no es lo absurdo sino la verdad altísima incomprensible a nuestra inteligencia. No es desconocida la ciencia de las cosas en cuanto nos rodea. Un campesino ignorante a quien se le dijese que pueden caber en la punta de una aguja dos millones de pequeños seres perfectos, completos capaces de vida y reproducción, reiríase, estamos seguros, pero de esa risa de ignorante en nada alteraría una gran verdad. Todas las dificultades de los incrédulos contra el altísimo misterio de la Eucaristía, no son en último resultado otra cosa que dificultades de la ignorancia. El último capítulo trata de definiciones dogmáticas y concluye: "La francmasonería, el radicalismo y las sectas protestantes se han dado cita para asediar a destruir, si pudieran, la fe católica en el Ecuador. En este diluvio de males nuestra arca de salvación ha

de ser el Santísimo Sacramento: postrados ante sus altares elevemos con la Iglesia esta ferviente suplica:

Ven Hostia Divina
ven Hostia de amor
ven haz en mi pecho
perpetua mansión.

La devoción a Jesús en el Santo Sacramento del Altar no era nueva en Matovelle. Había nacido con los albores de su razón y formaba, por decirlo así, parte de su misma vida. Aun antes de ser oblato, hacia 1878 influye con sus futuros religiosos ante el Dr. Nicanor Corral para fundar en una gira eucarística Congregaciones de Adoración Perpetua en Cuenca, Azogues, Gualaceo, Paute, Guachapala y luego las establece él personalmente y más tarde sus Oblatos en otras parroquias de la Diócesis. Aun antes que Su santidad Pio X inculcase con tanta insistencia la práctica de la comunión frecuente, Matovelle trabajaba por implantarla en la Iglesia de la Merced en Cuenca.

En esta misma ciudad los Jesuitas habían introducido la práctica de los primeros viernes; al ausentarse estos religiosos hacia 1885, los Oblatos les suceden en el entusiasmo de extenderla a todas las clases sociales, no como algo mecánico y rutinario, sino como fuego que inflame corazones en el ansia de corresponder amor por amor.

Matovelle cree que el mejor modo de honrar al Sagrado Corazón es acercarse a la Mesa Eucarística y que esta devoción es la que más contribuye en llevar a los fieles a los pies del Tabernáculo. Tiene cierto horror de dejar a Jesús abandonado en el Sagrario, mientras el hombre se divierte y peca. Sus Oblatos en las iglesias parroquiales donde ejercen el curato de almas, al toque de las campanas, llaman a los fieles a las doce del día para que los acompañen en la piadosa práctica de visitar a Jesús durante el día en el trono de su amor.

Con motivo del jubileo sacerdotal de León XIII, el 18 y 25 de diciembre de 1887 organiza Matovelle dos procesiones eucarísticas, una de hombres y otra de mujeres, las primeras de esta clase en Cuenca en la forma como él las concibe. Ambas procesiones salen



*E*l sueño del P. Matovelle por instaurar la adoración perpetua se hizo una realidad, una vez que terminó la construcción del Templo del Cenáculo en Cuenca dedicado a tal fin.



de la Catedral a las diez de la mañana y recorren las Iglesias del Corazón de Jesús, San Sebastián, el Carmen, San Francisco, la Merced, la Concepción, San Blas, San Agustín y Santo Domingo simulando en espíritu y en los adornos de las calles y altares un viaje de peregrinación a través de Nazaret, Belén, Galilea, el Tabor, el Cenáculo, Getsemaní, el Pretorio, el Calvario, el Santo Sepulcro y el Monte Olivete. El Ilmo. Sr. León en persona bendice y encabeza a los peregrinos. Cada grupo va precedido además por un sacerdote. Se cantan los misterios del Rosario: en las cuatro primeras estaciones los gozosos, en las otras cuatro los dolorosos, y en las dos últimas los gloriosos. En cada templo, hay una breve ceremonia religiosa con el Santísimo expuesto, habla Matovelle sobre el lugar y el misterio que se conmemora, se reza por el Papa, se desagravia a Jesús por los crímenes de los hombres y da la bendición el sacerdote que preside la ceremonia revestido en el altar. Por orden de Matovelle los peregrinos han ayunado el día anterior y purificado sus almas en el tribunal de la Penitencia; a las seis de la mañana han asistido a misa y recibido la Santa Comunión para ir luego a sus casas y tomar un breve refrigerio para el viaje de las diez.

Este viaje espiritual a través de los Santos Lugares de Nazaret al Monte Olivete fue una peregrinación grandiosa como nunca hasta entonces se había visto en Cuenca. Las calles estaban repletas, la gente recogida y devota, los templos eran estrechos para contener tanta multitud, que en su amor a Cristo había trasladado a Cuenca la tierra de Palestina andada por las plantas del Divino redentor; en las alas de la fe volaban las almas de Belén al Calvario y se sentían felices en atravesar con Jesús los desiertos de la vida para saciar con pan de cielo el hambre de eternidad. ¡Qué bella manera de poner al servicio de Dios la imaginación y el espíritu, los sentidos del cuerpo y las potencias del alma!

Como no es posible adorar a Jesús en todos los instantes, Matovelle suple esta flaqueza de la carne creando en el pueblo la piadosa Asociación de Lámparas Eucarísticas con dos intenciones: Ante el agradecimiento por los beneficios recibidos y la otra en reparación de los crímenes individuales y sociales. En las horas del día los socios se turnan de dos en dos en el homenaje de adoración, y cuando la carne flaquea y duerme, la luz de las lámparas al consumir el aceite que la mano del hombre ha puesto, continúa reconociendo

el vasallaje de la criatura: el hombre duerme, pero la lámpara al arder consume sus energías y sudores en aras de Dios.

Con este mismo fin de pasar la vida por la tierra adorando perpetuamente a Jesús, Matovelle en una plática de mediados de Cuaresma de 1892 insinúa la necesidad de establecer en cuenca la adoración nocturna para desagraviar a Cristo del olvido e ingratitud de los hombres y de los crímenes con que es ultrajado. Sus palabras no caen en el camino para ser pasto de las aves, ni en la piedra, ni entre las espinas sino en la tierra fértil, y el Jueves Santo del mismo año, en el templo de la Merced un grupo de almas selectas, ante el resplandor misterioso de doce cirios pasan las noche adorando a Jesús, que, como se dice en Memorias y Documentos, duerme sobre un haz de espinas aguardando a la tímida Ruth, el alma humana, hambreada de felicidad y tostada por el ardor de sus pasiones.

Para dar vida a esta Asociación Matovelle publica en mayo del mismo año un librito, Manual del Adorador del Santísimo Sacramento. Para indicar a cada socia la hora semanal en que le corresponde la adoración se

le pasa una esquina. Desde abril de 1897 esta esquina se sustituye por una revista. Las Veladas del Cenáculo, se reparten entre los socios con el fin de indicar a cada uno su hora de inflamarlo con el amor de la Eucaristía. Gracias a este esfuerzo las fiestas del primer jueves de cada mes adquieren una solemnidad indescriptible, y llego el entusiasmo hasta diciembre de 1898 en que, por la racha irreligiosa del liberalismo triunfante, el Obispo se ve en el caso de suprimir dicha fiesta para evitar una próxima profanación.

Desde la fundación de Cuenca (12 de abril de 1557) se venía celebrando con gran pompa la octava de Corpus. La solemnidad duraba siete días y se la conocía con el nombre de Centenario. Era un homenaje de adoración rendido a Jesús por todas las clases sociales. Por desgracia, el tiempo y la fragilidad humana introdujeron embriagueces, abusos y escándalos tan graves que los mismos Obispos, inclusive el Ilmo. Sr. León, pensaron seriamente en suprimirla, con gran jubilo de los adversarios de la Iglesia, cuya táctica es ponderar mucho los abusos verdaderos o falsos de las instituciones cristianas, no para remediarlos sino `para suprimir la institución misma. Pero dice Matovelle, no

se corta el árbol benéfico y frondoso porque en sus ramas se albergan parásitos nocivos: no era posible echar por tierra el sostén de la fe y piedad cuencanas. Y para probar que se podía extinguir el parasitismo sin atentar a la vida del árbol hizo ver en su sermón del 3 de junio de 1891 la necesidad para la fe cristiana de las grandiosas fiestas del centenario en que rinde Cuenca a Jesús el culto social a que tenía derecho. Con la prudencia y el entusiasmo que él sabía imprimir a todo asunto religioso, hizo en este año (1891) una procesión piadosísima que no era ni sombra de las anteriores, y publicó en 1892 y 1893 una revista, *El Reinado Eucarístico del Sagrado Corazón de Jesús* que adquiere enorme popularidad en el País y en otros países extranjeros, y poco después imprimió bajo el nombre del Canónigo Sr. Tomás Alvarado, un folleto con el título de *Mes del Santísimo*. Fue suficiente. El Centenario volvió a su antiguo esplendor sin los abusos que le estaban contaminando.

Si en la prosperidad, bajo gobiernos católicos, Matovelle amaba tanto a Jesús en el Sacramento del Altar ¿Cómo no iba a amarlo en la adversidad cuando el poder había caído en manos de la masonería y se injuriaba

a Cristo en todas las formas posibles? Ahora que las furias del infierno bebían licor en los cálices sagrados y asesinaban sacerdotes, a Jesús, amable en el Tabor como en el Calvario, Matovelle le sigue por senda de flores o espinas, y los horrendos sucesos del 14 de mayo de 1897 le dejan en el alma una profunda herida de amor.



*E*sta imagen narra la aparición de la Santísima Virgen María al Padre Matovelle, quien entre dormido y despierto recibe una voz que le dice que debe prepararse para la muerte.



CAPÍTULO VI

PROFECÍA OBLATA -GOBIERNO MASÓNICO - MATOVELLE Y LA POLÍTICA - GUERRA CIVIL - PERSECUCIÓN DE FRANCO.

*M*ientras Matovelle dilucidaba algunos asuntos internos con sus Oblatos, en junio de 1897 concluía sus labores la Asamblea Constituyente reunida por Alfaro bajo el auspicio de las logias masónicas. Un ambiente de intranquilidad política y de miedo a una más violenta persecución religiosa reinaba en toda la República. En numerosos lugares grupos masónicos luchaban en abierta pugna con los intereses católicos del pueblo. Azogues era uno de ellos. Matovelle, en la carta del 17 de agosto de 1897 dice al Superior de los Oblatos de dicha ciudad: "En los asuntos de política radical guarde la más exquisita prudencia, no provoque para

nada a los poderosos del Gobierno, pero conserve con dignidad su puesto". Como en un periódico La Unión Liberal se redoblan los ataques contra los Oblatos, en carta del 18 de septiembre de 1897 se expresa así: "Nuestra Señora de los Dolores nos ha obsequiado esta pequeña tribulación: bendigamos al Cielo por esta espina de la corona del Salvador y oremos por nuestros perseguidores. En este trance lo mejor que se puede hacer es callar. No se defiendan; ahora no son ustedes los que deben tomar la defensa sino los buenos católicos".

Como nadie tomara la defensa, el Padre Matovelle piensa en sacar a los Oblatos de Azogues, pero posteriormente se arreglaron los asuntos en mejor forma.

En el ambiente político comienza a agitarse el asunto eleccionario para la formación del Congreso de 1898. Las provincias del Azuay toman actitud fuerte y decidida para imponer una lista de diputados y senadores íntegros. En Azogues el Superior de los Oblatos consulta al Padre Matovelle si conviene o no participar en este movimiento político eleccionario, Matovelle contesta afirmativamente y le dice: "La lista de ustedes es buena,

pero tiene el defecto de ser demasiado optima, no está conforme con la prudencia, pues lo óptimo es muchas veces enemigo de lo bueno. A los doctores Juan de Dios Corral y Alberto Muñoz Vernaza no los aceptará jamás el Gobierno de Alfaro; en lugar de ellos pudieran poner por ejemplo a Manuelito Crespo y al Dr. Honorato Vásquez". (Diciembre 8, cartas, pág. 45).

Como las cosas tomaron forma violenta, en comunicación posterior decía: La política de Azogues no me agrada un ápice, mejor me callo: la recomendación que hago a usted es que no se meta en ella (cartas, pág. 47).

Alfaro, por miedo a una revuelta, no juzgó oportuno oponerse en forma sangrienta a las elecciones del Cañar y Azuay. Una minoría conservadora en efecto fue elegida, se trataba de conservadores distinguidos. La representación fue la siguiente: de Azuay, para el Senado Miguel Prieto y Juan de Dios Corral; para la cámara de Diputados Honorato Vásquez, Moisés Arteaga, Ramiro Crespo Toral y Ezequiel Palacios; del Cañar, para el Senado Rafael María Arízaga y Alberto Muñoz Vernaza. Diputados: Santiago Carrasco Y Arcesio Pozo. En total, en la República, de entre 39 miembros del Senado y 40 Diputados, hubo 5 conservadores en cada cámara,

salidos del Azuay y Cañar. No se pensó en la elección del Padre Matovelle, porque Alfaro le había cerrado el camino para que no volviese a ocupar una curul en el Palacio Legislativo. La Asamblea por decreto especial de 26 de junio de 1897 había dispuesto, que los cargos de senadores y diputados eran incompatibles con el carácter eclesiástico sea cual fuere el grado de órdenes sagradas que hubiere recibido el candidato.

La política de arriba había terminado para el Padre Matovelle; pero continuaba en la política de abajo, en la formación de buenos sacerdotes, buenas comunidades religiosas, hombres sacrificados en todo y para todo por la gloria de Dios en aras del deber: no crecen los miasmas donde faltan los pantanos, no prosperan las tiranías ni se levantan los perseguidores de la Iglesia en los pueblos donde la moral cristiana es la norma que guía a los individuos y a las sociedades.

Cierta prosperidad material es propicia a la virtud. El Padre Matovelle así lo comprende y procura para sus religiosos una mediana comodidad. Mejora la biblioteca de Azogues con varios libros entre ellos el Derecho Canónico de Bonix en catorce tomos. Pone la primera piedra para la construcción de un templo a Nuestra

Señora de la Nube en Azogues. Intenta formar en Charasol una casa preparatoria para recibir y educar a los novicios Oblatos. Hace propaganda en el pueblo, de la obra del Ilmo. Sr. González Suárez, El devoto del Santísimo Sacramento. Procura que haya orden en el archivo y casa parroquial de Azogues y pone mucho cuidado en la marcha de su Instituto, con la buena elección de los superiores, el acierto en los consejos, la conformidad de la vida religiosa con las Reglas.

Llegada la fiesta de la Asunción del 15 de agosto de 1898, Matovelle hace voto de profesar y defender, si fuere necesario con la vida, la creencia católica de la Asunción de la Santísima Virgen en cuerpo y alma a los cielos y se obliga bajo pecado mortal a hacer cada año algún trabajo, por mínimo que sea, plática, publicación, consejo para alcanzar de la Santa Sede la pronta definición del Dogma o para difundir entre los fieles la devoción a este misterio. (Memorias Intimas, Capítulo XX, pág. 96).

Hay calma en el convento y presagio de tempestad en la República. Matovelle tiene una visión, que refiere en el Capítulo XIX de sus memorias Intimas. Me pareció, dice, que andaba siendo persiguido en compañía de

la Sagrada Familia por cerros y bosques lejos de toda población y todo camino transitado. Vino la noche y no hubo más que detenerse en un lugar agreste y solitario. La Santísima Virgen con el Divino Niño, vestidos como estaban se recostaron a dormir en el duro suelo. San José y yo nos alejamos un tanto y descansamos igualmente vestidos sobre el suelo. Percibe San José que arde una pequeña brizna de paja y como si esto pudiera dar lugar a que nos descubrieran los perseguidores, me hace señal que la apague, como efectivamente lo hice. La visión desaparece, pero me queda en el alma la seguridad de que van a perseguirme.

El pronóstico iba a cumplirse. En el congreso de 1898 hubo gran borrasca. La furia sectaria, por Decreto Legislativo de 12 de octubre de 1898 derogó el impuesto que gravaba el cacao en la parte que pertenecía al Clero, y dispuso que el pago del diezmo, las primicias y cualquiera otra contribución eclesiástica fuesen de pago voluntario. En lo económico se faculta a Eloy Alfaro Harmann un contrato leonino sobre el ferrocarril del sur. La guerra civil vuelve a encenderse, y en la madrugada del sábado 3 de diciembre atacan a Cuenca los conservadores Antonio Vega, Rafael M. Arízaga y Alberto Muñoz Vernaza. Esta ciudad iba ya



*E*l Venerable padre Matovelle a causa del asedio de Veintimilla, huye a caballo lejos de la Hacienda del Rosario buscando preservar su vida, en efecto, lo logra, pero un tiempo más tarde debe abandonar el país y refugiarse en Perú.



a entregárseles; pero se moviliza desde Riobamba el General Manuel Antonio Franco al frente de los batallones de Quito y de Pichincha, y los atacantes tienen que huir por la superioridad del enemigo en gente y armamento cuanto por haberseles agotado las municiones.

Franco entra a Cuenca a las cuatro y media de la tarde del mismo día y hace de los sacerdotes una víctima preferida de su fobia religiosa. Los miembros de familias honorables son vejados de la manera más infame por confesar el derecho de Cristo a reinar también en la vida pública, lo que era un crimen contra los dogmas del liberalismo. Se pone presos a los sacerdotes Manuel de la Cruz Hurtado, Vicario General, a Vicente Alvarado y Belisario Arce, a quienes se les acusa de haber disparado desde las torres contra las tropas liberales. El Padre Matovelle está naturalmente en la lista de los perseguidos, pero se pone a salvo con la fuga. Oigamos a él mismo como refiere el suceso en *Memorias Intimas*:

“Al pisar Franco en Cuenca inicia una persecución feroz contra el clero y los católicos, como antes nunca se había visto. Los sacerdotes tienen que ausentarse, y en la Catedral, por vez primera en la historia de la ciudad,

cesan de celebrarse las llamadas misas de nueve. Los radicales tienen contra mí la más rabiosa inquina por haber defendido la causa católica en la Convención de 1884 y en los Congresos posteriores durante las administraciones de Caamaño, Flores y Cordero. “No puedo olvidar los malos ratos que me hizo pasar este clérigo, había dicho Franco en Azogues”. Esos malos ratos pensaba cobrarlos con la venganza, que es el placer de los demonios, los dioses del mal”.

Al llegar Franco a Cuenca, Matovelle no quiso salir de la ciudad. ¿Por qué iba a salir? Últimamente no estaba metido en la política, no había dado motivo de queja a las autoridades, no era por lo mismo razonable darse a la fuga. No intervenir en la política no era el abandono de los intereses religiosos en mano de los malvados, ni el olvido completo de los negocios públicos, sino la no participación en los asuntos de Gobierno. Matovelle entendía la abstención política en sentido cristiano no como lo proclama el liberalismo, que el sacerdote se encierre en la Iglesia y sea ciego, sordo y mudo a los males de la religión y la Patria. Sus doctrinas políticas eran las mismas del partido conservador tradicional, aunque nunca se afilió a este partido ni a otro, porque como él decía, su partido era la Iglesia.

Para obligar a Matovelle a que antes de la entrada de Franco en Cuenca abandonara la ciudad, se le advierte que el mismo Cristo aconseja la fuga, y que los liberales no han de resolver sus asuntos en aras de la justicia sino conforme a los razonamientos que Matovelle cede, y al instante de entrar Franco en Cuenca, parte a caballo a Paute, por la vía de Jadán, donde duerme la primera noche. Han pasado pocos minutos de su salida de Cuenca cuando llega un escolta a casa de los Oblatos a tomarlo preso. No lo hallan, y Franco se pregunta ¿a dónde se ha ido el fraile? Llega a saber que está en Paute, y allá va otra escolta. Pero la escolta está llegando, y Matovelle está saliendo con dirección a las Yungas del Cañar, a la hacienda del Sr. Juan de Jesús Pozo, a tres jornadas de Cuenca. Pasan quince días. Franco se ha convertido en el terror del Azuay y del Cañar. Por medio de espías, llega a saber el paradero de Matovelle, y a las seis de la tarde envía desde Cuenca una escolta con hombres separados a grandes trechos los unos de los otros, en forma que el público no se percata de intento y enviase al perseguido un aviso oportuno. A las diez de la noche está la escolta en Azogues, y con los soldados que aquí encuentra parte en seguida al Cañar. Son cincuenta

hombres bien armados, al mando del Capitán Avelino Acosta, nativo de Tulcán, y van a capturar en horas avanzadas de la noche a un sacerdote que no tiene otras armas que el breviario y el rosario. El torrente de Raura, engrosado por las lluvias, les dificulta el paso, y solo después de grandes esfuerzos logran vadearlo. En Bueste, garganta entre cerros, lo pasan con faroles a eso de la una de la mañana, con mucho trabajo a causa de la incesante lluvia. Un soldado cae en uno de los baches y se rompe un brazo. Avanzan, a las cuatro de la mañana están en el Cañar. Siguen a la hacienda del Rosario y después de caminar penosamente todo el día, en medio de las lluvias y de los caminos intransitables, llegan a las siete de la noche a las casas de Gulag, que están al comienzo de la hacienda. A toda la gente, hombres y mujeres, ancianos, niños y adultos, los capturan y encierran en una pieza para que ninguno pueda llevar ningún aviso a tiempo al Padre Matovelle. Averiguan en qué se ocupa este, a qué hora celebra la misa, y, obtenidos los datos necesarios, resuelven asesinarlo al día siguiente, por la mañana, con una descarga de fusilería al momento en que celebre el Santo Sacrificio, cuando, dado el catolicismo de pueblo, nadie pudiera pensar en un crimen de

homicidio en la persona del sacerdote. La verdad de estas negras intensiones la declararon posteriormente el gobernador de la Provincia Dr. Gonzalo Córdova, el jefe político del Cañar, Don Aurelio Ochoa, y el mismo propietario de la hacienda, Don Juan de Jesús Pozo, quien se preocupó de averiguarlo y lo refirió al Padre Matovelle. Así lo afirma este en Memorias Intimas (Capítulo XIX, pág. 85).

Conforme a tan pérpidos proyectos al otro día, por la mañana, estuvo la escolta al mando del Capitán Avelino Acosta en casa de la hacienda; averiguan por el Padre Matovelle, y nadie da razón de él; atormentan a algunos peones para que indiquen el lugar del escondite y sacan en claro que ha partido a San Vicente; van allá y tampoco lo encuentran. Toda búsqueda es inútil, y sin esperanza de hallarlo, a los pocos días la escolta regresa a Cuenca a dar noticia del fracaso.

¿Qué había sucedido? El Padre Matovelle lo refiere así: Un muchacho de quince años de los encerrados en Gulag, horadada una de las paredes de la improvisada prisión, se fuga y corre a dar aviso de lo que acontece. Matovelle no se imagina que lo pretendan asesinar, pero calcula, sí, que lo quieren conducir preso ante el

General Franco, un Diocleciano en miniatura en esta triste época del liberalismo. El aviso lo recibe de diez a once de la noche, e inmediatamente toma un caballo y acompañado de un guía y de don Abel Landívar, por caminos ocultos de la montaña y en una noche oscurísima y lluviosa, parte a San Vicente. Como la escolta puede seguirle hacia este lugar, desvía nuevamente el camino hacia un sendero de animales y se van a hospedar en una choza abandonada a dos horas de la casa de la hacienda, en la parte alta desde donde se divisaba el movimiento de luces en la parte baja por donde debía ir la escolta. “Cuando supe, dice el Padre Matovelle, que habían pretendido asesinarme en el momento del Santo Sacrificio, me arrepentí de haberme fugado de la hacienda del rosario, pues hubiera sido para mí una gracia insigne el que me inmolaran en odio a la religión mientras celebraba la Santa Misa: mi muerte se habría unido al sacrificio del Calvario, y mi sangre se habría confundido místicamente con la Sangre de Jesús en el santo Cáliz. Pero Dios y la Santísima Virgen frustraron los perversos planes de los perseguidores.

El Padre Matovelle era corto de vista, a caballo no veía las desigualdades del terreno, por lo mismo dejaba al caballo andar por su cuenta y se golpeaba atrozmente

en estos senderos de montaña, en los declives de la cordillera, que no parecen ser hechos para que transiten los hombres sino los animales de la selva. Y como ahora, a los 45 años de edad, era la primera vez que andaba por tales caminos, ya nos podemos imaginar lo que sufriría. La choza no estaba a más de media hora a caballo de la hacienda, pero hizo dos horas, por la oscuridad de la noche, la lluvia, el lodo, y la poca pericia para estos viajes de aventura, en un hombre que había pasado la vida sobre los libros, sin otra molestia que la de atravesar cada año para concurrir a la diputación, el camino de Cuenca a Quito, camino que ciertamente no era muy bueno, pero para él ya muy conocido.

CAPÍTULO VII

EL FUGITIVO – PROYECTO DE MEDITACIONES SOBRE EL APOCALIPSIS – VISIONES – PERSECUCIONES A LOS OBLATOS – MATOVELLE DESTERRADO AL PERU.

Continúo Franco en su empeño de capturar a Matovelle, pero no tuvo éxito en sus propósitos. Matovelle entre tanto seguía desde algún lugar remoto a causa de la persecución gobernando sus conventos de Cuenca, Azogues, Paute y Gualaceo. El 3 de enero de 1899 recibe el Superior de la Casa de Azogues esta comunicación: "Desde mi venida a estos lugares gozo de buena salud y estaría contento, si fuera posible estarlo con el recuerdo de los males de la Iglesia y la Patria. A mediados de este mes pienso ir a Paute; dígame con franqueza si habrá peligro que me capturen. Tengo conocimiento de que para eludir la persecución de Francisco se ha sacado a los jóvenes

novicios de Cuenca. No me agrada esta medida. Los jóvenes en el campo se disipan muy pronto y contraen hábitos viciosos. Es además imprudencia abandonar el convento, porque con esto se provoca al gobierno a que lo ocupe. El Sr. Ortega no debe asustarse, así lo exige el buen gobierno. Si yo estoy en estos campos, es a mi pesar y contra mis deseos. El Sr. Juan de Jesús Pozo ha obsequiado a la casa de Cuenca unos treinta pesos de raspadura, y de Cuenca le contestan dándole sus gracias. Hay que ser más prácticos en estas contestaciones. La gratitud obliga a dar algo útil para estas haciendas tan remotas, en donde toda falta y cualquier obsequio es de gran precio. Con una carta mande al Sr. Pozo seis botellas de vino, dos de coñac, unos panes y alguna otra cosa que le parezca buena, y cargue estos valores a la casa de Cuenca. Mándame veinte hostias grandes, vino de misa, un libro de meditaciones en francés o castellano, de la vida de San Vicente de Paul dos tomos y un tomo de Cornelio Alàpide, el que trata del Apocalipsis y además medallas y estampitas. Si las circunstancias políticas continúan tirantes, a los religiosos que están en malas relaciones con los liberales en una casa cámbielos a otra hasta que pase la tempestad. El 30 de diciembre, fiesta de



*M*aría Santísima siempre se manifestó para el Padre Matovelle como su protectora, en esta ocasión se le presenta en una visión en la que ella lo tiene entre sus brazos convertido en niño



Nuestra Señora de la Nube los recordé muchísimo y los acompañé en espíritu a la inauguración de la linda capilla de Azogues. Que la Santísima Virgen de la Nube nos proteja en todo”.

Exhorta a confiar en la divina Providencia y ordena que, en caso de continuar la persecución de Franco contra los Oblatos de Azogues, estos se refugien en la hacienda Santul, de la señora Margarita González, y nombra al P. Virgilio Maldonado de Superior de estos perseguidos por causa de la justicia; de faltar este, le reemplaza el P. Froilán Pozo; a este, el sacerdote más antiguo en ordenes, y así en adelante. (Cartas, pág. 51).

En tan difíciles circunstancias fue cuando la lectura de Cornelio Alàpide impulsó a Matovelle a componer su famosísimo libro de Meditación sobre el Apocalipsis. Desde 1886 había mostrado predilección por el comentario de este libro, que profetiza las luchas y victorias de la Iglesia, pero ahora se confundía el concepto con la realidad, el hecho con la idea: estaba perseguido por Cristo, pero Cristo tenía que triunfar, el Apocalipsis se lo profetizaba. Diez años había luchado en los congresos y en la alta política para hacer del Ecuador la República del Sagrado Corazón,

y sus esfuerzos habían resultado estériles, porque la República había caído en manos de la logia masónica. Y estaba ahora perseguido por la Justicia. Y esto para él era un consuelo. Pero a veces, una cosa dicen los labios y hasta los afectos del alma y la carne no obstante van por diverso camino. Las grandes tribulaciones exigen mucha fe y mucha esperanza. Matovelle, debilitado por la lucha, tenía necesidad de un alimento fuerte, para no desfallecer, y el Apocalipsis con la mirada en el cielo, le mostraba la eterna victoria y multiplicaba sus fuerzas con la esperanza del triunfo.

Su comentario sobre este libro no iba a ser la especulación de un filósofo o de teólogo, sino la meditación de un santo sobre la base de los hechos de la propia vida. Antes que un libro para los demás iba a componer un libro para sí mismo.

En las soledades de la Finca del Rosario servían de consuelo al Padre Matovelle gratos amigos, el inmejorable propietario de la hacienda: Sr. Pozo, el Vicario Sr. Javier Landívar, a quien Eloy Alfaro quería hacer Obispo de Cuenca por haber sido su compañero en los años juveniles, el párroco de Gualleturo, Sr. Julio Iñiguez, y otros. Landívar era también prófugo como

Matovelle, aunque por diverso motivo; no le agrada un obispado de Eloy Alfaro, y para que este ignorase su paradero, se había metido por los rincones de una montaña.

Como la dirección de sus conventos exigía a Matovelle vivir más de cerca de Cuenca, a fines de enero de 1899 abandonó el Rosario para trasladarse a la hacienda de Jer, en el Cañar, de propiedad de la señora Juana Valdivieso de Astudillo. Su deseo era pasar de aquí a Paute y de Paute a Palmas como lo realizó efectivamente. Con un solo guía, por caminos extraviados estuvo en Jer el 1 de febrero y se alojó en un aposento donde había una estatua de madera de la Santísima Virgen, de tamaño natural, vestida de telas como suele ser costumbre entre la gente de estos contornos. En ese entonces, al día siguiente, era fiesta de guarda, dos de febrero, presentación del Niño Jesús en el templo y Purificación de su Santa Madre. Matovelle reza como de costumbre las oraciones de la noche, medita y se acuesta a dormir teniendo la imagen junto a su lecho. Se despierta a las 4 y media de la mañana, en uso de todos sus sentidos y potencias, con terror y sorpresa mira que se ilumina la habitación a media luz y él se ve convertido en un niño pequeñito, como de

pechos, en brazos de una majestuosa Señora llena de hermosura y dones, que con amor maternal lo estrecha contra el regazo. La Señora es la Virgen. La visión es real y corpórea. El alma se le enciende en ternura hacia la divina Madre, quiere agradecerle por tantos favores, pero la visión desaparece, solo dura unos instantes. En Matovelle queda la impresión de que es María la que lo lleva en los brazos, lo protege contra sus enemigos y le libra de todas sus asechanzas. “Los sentimientos de amor y gratitud, dice, que entonces llenaron y aun llenan mi alma para con esta incomparable y dulcísima Madre, nunca los podré expresar; como tampoco podré retribuir la inmensa deuda de gratitud que he contraído para con la reina del Cielo al manifestarse de manera tan clara y expresiva como mi verdadera Madre en el orden espiritual, en donde en verdad soy un niño muy pequeño. A la letra se realiza en mi aquel texto de Isaías: **Ad uvera portabimini et super genua blandientur bobis:** A los pechos (de la Madre de Dios) seréis llevados y acariciados sobre un regazo”. (Memorias Intimas, pág. 104).

En el orden político los asuntos religiosos andan muy mal. Franco con el abuso de la fuerza y Gonzalo Córdova como Gobernador del Cañar quieren sacar a

los Oblatos de Azogues. El miedo a un levantamiento popular les hace recurrir a un expediente que en alguna forma justifique sus procedimientos: gravan a la Iglesia de Azogues con una pesada contribución que no podía pagar, y con pretextos militares ocupan en Cuenca el convento de los Oblatos. El miedo a la revuelta ante la indignación de la ciudad les hace desocupar en seguida el convento; pero es dura la lucha entre la Iglesia en ejercicio de su derecho y la masonería en abuso de la fuerza.

Desde sus diversos escondites Matovelle lo sabe todo y continúa gobernando a su Comunidad por medio de cartas que aparecen siempre escritas desde Azogues, para despistar a los radicales sobre su paradero si por algún motivo estas cartas llegaran por desgracia a caer en sus manos. “Pida a Dios, dice al Superior de Azogues, que le conceda en abundancia el don de la prudencia para que continúe portándose con acierto en las dificultades; ponga a salvo las cosas de la Comunidad, tenga el pie en el escribo, confié en el divino auxilio y haga todo en calma meditándolo y consultándolo con personas prudentes: los hombres no harán más de lo que Dios quiera, ni uno lo de los cabellos de nuestra cabeza caerá sin la disposición adorable de la divina

Voluntad. En cuanto a la inicua contribución que a la Iglesia de Azogues han puesto los radicales combátala con tino, esfuércese en alcanzar rebajas y plazos más amplios, vágase de los recursos que le pueda ofrecer la ley, y si fuere necesario censure el abuso y proteste ante escribanos en forma que conste de manera pública que usted ha hecho lo posible por salvar los intereses de la Iglesia. Acuda sobre todo al gran recurso de la oración, principalmente la oración pública y solemne. Coloque cuanto antes la estatua de Nuestra Señora de la Nube en su capilla y comience los ejercicios de Cuaresma. Como los estudiantes se han reencontrado en Paute pase allá las pensiones que iban a Cuenca. Hoy o mañana cambiaré nuevamente el sitio para evitar que los liberales descubran mi paradero". (Cartas, 24 de febrero, pág. 52).

En esta vida de prófugo, el 5 de marzo de 1899 hallándose en la hacienda del Tejar, cerca de Paute, la Santísima Virgen de los Dolores se le aparece anegada en un torrente de lágrimas. Para Matovelle es esto un anuncio del sinnúmero de males que van a venir sobre el Ecuador. En uno de estos mismos días le parece hallarse en una Iglesia mirando al pulpito y al altar, de repente sale una llama que devora el uno y el otro, pero



*A*sí comenzó el exilio del Venerable Padre Matovelle, entre dolores, lágrimas, decepciones y sufrimientos parte hacia Perú a la espera de mejores días para volver a su Patria a la que tanto amó.



ninguno cae, ennegrecidos y carbonizados continúan en su sitio. Matovelle interpreta la visión así: las leyes sectarias que van a dictarse en el Congreso atacarán a la Iglesia ecuatoriana pero no la podrán destruir, porque María nos defiende, **Auxilium Christianorum.** (Confidencias con mi Dios).

Estas apariciones aumentan las energías de Matovelle para ser más fuerte contra la impiedad. El 10 de marzo escribe al Superior de Azogues que haga presente las excomuniones de la Bula **Apostolicae Sedis** sobre los que atentan a los bienes de la Iglesia pero que use términos cultos y moderados: **suaviter in modo et fortiter in re.**

Los conservadores vencen en Guango loma (31 de diciembre de 1898) ocasionando al enemigo 27 muertos, pero son vencidos en Taya (18 de diciembre), donde el alfarista Juan Vicente Fierro corta los pabellones de las orejas a los prisioneros. Con la victoria conservadora de Agualongo, el 8 de enero de 1899, se forma un nuevo ejército para derrocar al usurpador y tirano, que detenta el poder; pero, por falta de buenos jefes, en vez de atacar a Quito y luego a Riobamba, van a fracasar miserablemente en los helados campos de Sanancajas

(24 de enero), y al Sur son vencidos también en la Florida (Loja, 14 de febrero). Estos triunfos traen lo que los masones y hasta ciertos católicos llaman la paz de la República o sea la opresión de la Iglesia por el Gobierno.

En este ambiente de revuelta, la fuga de Matovelle intranquiliza a la opinión y preocupa al Gobierno. Alfaro, perdidas las esperanzas de capturarlo, le ofrece salvoconducto para que salga de la República. Matovelle acepta la oferta, y a fines de abril de 1899 comienza los arreglos para salir de su escondite y marchar al Perú. En Azogues consigue 400 sucre, y con este dinero cree que tiene lo suficiente para el viaje, dado el valor de la moneda en aquella época. Parte en consecuencia al destierro por la ruta de Chimbo, hasta donde en ese entonces llegaba el ferrocarril. El invierno es fuerte, la lluvia constante, los caminos lodosos infernales durante dos noches en plena montaña. En Chimbo le tratan muy bien, los radicales inclusive, y nadie se permite dirigirle palabras de insulto o menosprecio, como era en estos años costumbre de los liberales. Sin tocar a Guayaquil se traslada en el vapor Aconcagua, buque de la compañía sudamericana, surcó en el río, y ya a bordo un polizonte le pide el pasaporte, se lo

muestra y no hay más novedad. El buque lleva anclas y llega al Callao el 14 de mayo de 1899. A las 5 de la tarde del mismo día el Padre Matovelle entra en Lima, en momentos en que se celebra la fiesta de Nuestra Señora de los Desamparados. Al tercer día de su arribo va a la Curia, y el Vicario General, Ilmo. Sr. Carpentier, le concede las mismas facultades y licencias que tenía en Cuenca para el ejercicio del sagrado misterio. Se le ofrecen varias capellanías y obras pastorales, pero no las acepta, y con dos sacerdotes desterrados también, Ojeda y Ortega, este último Oblato, se aloja en una casa de campo llamada Copacabana del Cercado.

CAPÍTULO VIII

EL EXILIADO

OTROS DESTIERROS – LEY DE PATRONATO – MATOVELLE GOBIERNA LA CONGREGACIÓN DESDE LIMA – CONSAGRACIÓN AL CORAZÓN DE JESÚS – IDEAS POLÍTICAS DE GONZÁLEZ SUAREZ Y DE MATOVELLE – GRAVES DIFICULTADES PARA LOS OBLATOS – DESCONSAGRACIÓN DE LA REPÚBLICA.

En Lima Matovelle es recibido y agasajado por lo mejor de la sociedad del Perú y por las más ilustres personalidades ecuatorianas en el exilio. Perseguidos por el Gobierno masónico de Alfaro residían allí los Ilustrísimos Obispos de Loja y Riobamba, Ilustrísimo (Ilmo). Sr. Massia e Ilmo. Sr. Andrade, numerosos sacerdotes, entre ellos cuatro Oblatos: Manuel Ordoñez, Abelardo Ortega, Adolfo Corral y Jesús Arriaga, y bastantes católicos seglares:

su crimen era no ser partidarios de la política atea Del Gobierno.

De los cinco oblatos abandonaron la Congregación Corral y Arriaga, quizá por discrepancia de los votos de perpetuidad; el primero regresa al Ecuador para ser Canónigo en Guayaquil y el segundo se establece en el sitio Hoya Redonda del Perú. Con los tres Oblatos restantes, Matovelle, Ordoñez y Ortega funciona en Lima una pequeña Comunidad. Matovelle escribe: "Estamos unidos y bien contentos, solo nos apenan las desgracias de la Patria; pero aun esto no nos asusta mucho, porque no todo este perdido; las cosas no llegan sino hasta el límite que Dios lo permite.

En lo humano todo parece perdido, la fobia religiosa en el Ecuador es terrible, los enemigos de Cristo van de triunfo en triunfo; pero es el triunfo de los judíos en el calvario, que solo almas grandes como la de Matovelle lo podía comprender, solo en esas almas la confianza en Dios no desmayaría.

El 27 de septiembre de 1899 se dicta la famosa Ley de Patronato, por la que se niega al Papa el derecho de establecer nuevas congregaciones religiosas; se prohíbe pagar diezmos, primicias, y cualquiera otra contribución



Desde el exilio el Padre Matovelle sostiene a la Congregación de Padres Oblatos a través de una correspondencia práctica en la que animaba a sus miembros a perseverar en medio de toda conflictividad.



para el culto, bajo pena de ser considerados como estafadores los curas que recibieren estos donativos, se declara insubsistente el Concordato y se priva de jurisdicción a los Obispos desterrados Schumacher, Massia y Andrade. Grave es la situación, Matovelle nombra al padre Virgilio Maldonado, Superior de las tres casas de Oblatos en Cuenca, Paute y Azogues (la de Gualaceo había sido suprimida) y le impone la obligación de informarle de todo cada quince días, más tarde, restringe el término a ocho. De las Oblatas los informes debían venir cuando menos cada mes. Manda que esté todo listo para un rápido traslado de las tres casas de Cuenca al Convento de la Merced si las circunstancias políticas no lo estorbaran, o en cualquier otro lugar. “Si Alfaro nos permite, escribe, en Cuenca fundaremos un colegio o casa semejante e irán nuestros sacerdotes a misiones, y si esto no es posible y continua la persecución, no queda otro remedio mientras dure la tempestad, que un traslado del Instituto al Perú, en donde nos reciben con los brazos abiertos”.

Así era, en Lima el Arzobispo, Ilmo. Sr. Tobar, quien había recibido a Matovelle con toda clase de atenciones, le hizo merced de todo cuanto quiso y ofreció concederle cuanto pudiera. Por desgracia casi todas

las iglesias, capellanías y obras de Lima dependían más del Gobierno que de la Curia y de poco disponía esta. Como en muchos países que se llaman católicos, la Iglesia se hallaba encadenada por el Poder Civil. Pero no solo el Ilmo. Sr. Tobar se hallaba empeñado en colocarlo, sino también el Obispo de Arequipa. Ilmo. Sr. Manuel Segundo Bailón. Este quería Oblatos para su Diócesis, y con este fin ponía a disposición de Matovelle tres de las mejores parroquias y una casa con Iglesia en el centro de la Ciudad. Los propósitos de Matovelle eran trasladarse a Arequipa, pero la Providencia había dispuesto que no saliese de Lima para otro lugar del Perú durante la época de su exilio.

Fue por esta época de dura incertidumbre, ante el peligro de ver robados por el Gobierno los conventos y bienes del Instituto cuando Matovelle ordenó a sus religiosos, en 8 de octubre de 1899 que procurasen pasar ante los Poderes Públicos como clérigos, como simples sacerdotes seculares que se juntaban para vivir, así no pasaban como religiosos bajo las persecuciones de la Ley de Patronato.

Son muy interesantes las órdenes del Padre Matovelle desde Lima para la vida y buena marcha del Instituto.

Tómese en cuenta que se resuelven casos concretos y que no es la intención dar un conjunto de reglas teóricas, sino decidir sobre hechos acaecidos y poner remedios para el futuro. Tomemos al azar algunas cartas dirigidas al Padre Maldonado como Superior de la Congregación. “Cuando lo elegí a usted para que dirigiera las tres casas de Cuenca, Paute y Azogues, tomé en cuenta su carácter dulce, paciente y amable. El hombre debe imitar a Dios en el Gobierno. Trate a los religiosos como que son buenos, pero no olvide que son imperfectos, pecadores y no santos, tolere, si con esta tolerancia se evitan faltas mayores; no permita que los jóvenes religiosos permanezcan mucho tiempo en el campo, porque perderán sin remedio el espíritu religioso; sea Ud., con ellos benigno más que nadie, sufrido y asequible; asequible; pero tenga energía para mantener el orden, la regularidad y el estricto cumplimiento de las reglas, no transija en lo que no debe transigir: donde falta el espíritu de disciplina y la sólida piedad el Instituto se deshará como sal en el agua. El Oblato debe vivir como religioso; en esto sea usted inflexible: los jóvenes sacerdotes no deben tener libertad exagerada para salir a la calle y permanecer en ella el tiempo que deseen, sin antes bien deben

sujetarse estrictamente al reglamento y acudir a sus horas al refectorio y a las diversas funciones de la comunidad: las visitas deben ser vigiladas y permitidas por el Superior.

Como Usted tiene que estar recibiendo personas de dentro y fuera de la casa, su cuarto ha de tener dos divisiones, la una para los de adentro y la otra para los de afuera, ambos con la decencia conveniente. En el convento, a sus horas, el retiro y el silencio deben ser completos, cierre las puertas a las visitas impertinentes, haga que reine en el convento la paz, la soledad, la oración si es que desea que florezcan los religiosos en virtudes. No permita que amigos y desocupados penetren al interior de las habitaciones o conviertan la casa en posada, porque la frecuencia de los huéspedes trae la relajación de la disciplina. En lo que toca a la economía del orden interno, no es bueno que el Superior sea al mismo tiempo el ministro; los trabajos de la vida común hay que separarlos y no hacer que recaigan en una sola persona, hasta para el mejor ejercicio de la caridad mutua.

Preciosos son estos consejos, mejor dicho, ordenes, que facilitan a los Oblatos vivir en el siglo y en medio de

la persecución con el verdadero espíritu religioso, como monjes ante Dios, como simples clérigos en el Gobierno masónico que regía los destinos de la República.

León XIII había consagrado todo el mundo al Sagrado Corazón de Jesús. Matovelle para cumplir en la mejor forma con los deseos del Sumo Pontífice dispuso que sus Religiosos el 24 de diciembre de 1899 en la Noche Buena, en las cuatro casas de Cuenca, Lima Azogues y Paute, renueven solemnemente la consagración del Instituto al Sagrado Corazón. Hace con este motivo un pequeño reglamento para la ceremonia y compone las oraciones.

Para sus Oblatos se presentó por esta época un problema político religioso muy delicado. El 31 de mayo de 1900 el Ilmo. Sr. González Suárez, Obispo de Ibarra, en abierta oposición con los Obispos de Pasto y Portoviejo, en carta dirigida a su Vicario, Dr. Alejandro Pasquel, pone a los conservadores en el número de los revolucionarios y prohíbe hacer armas contra Alfaro. Los liberales reproducen esta carta en todos sus periódicos y se levanta un clamor enorme entre los católicos de la República que estiman que el prelado de Ibarra ha interpretado mal la doctrina de la Iglesia, las normas

pontificias, y se ha introducido muy hondo, demasiado hondo, en la política interna bajo el pretexto de huir de ella. Son falsas sus deducciones y consecuencias sobre el movimiento armado de los conservadores. El canónigo Sr. Juan de Dios Campusano sale en defensa del Ilmo. Sr. González Suárez, acusado de prestar apoyo al masonismo, de ayudarle a que continúe en el poder que tomara con el abuso de las armas. Matovelle no comulga con la doctrina del Ilmo. Sr González, lo dice el hecho de que llama mártires a los que mueren con las armas en la mano, en el ataque a Cuenca, en 1896, en lucha contra Alfaro, ya en el poder, y desde Lima, en 11 de diciembre de 1900, afirma que la carta del Obispo de Ibarra y el folleto del Sr. Campusano no han gustado a nadie. Es probable que dijera algo más, pero el Superior de los Oblatos de Cuenca tenía orden de romper las cartas cuando en ellas se trataba de algún asunto difícil.

Por referencias del Dr. Honorato Vásquez se asegura que publicó una refutación de las doctrinas políticas del Ilmo. Sr. González Suárez, pero esta publicación no ha llegado a nuestras manos y hasta estimamos que no se hizo.



*E*sta imagen representa el regreso del Venerable Padre Matovelle a Ecuador procedente de Chile en donde había dejado las puertas abiertas igual que en Perú para el posible establecimiento de la Congregación de Oblatos si el ambiente en Ecuador no le era favorable al instituto.



El Ilmo. Sr. León enferma de gravedad. El Padre Matovelle ordena visitarlo como testimonio de aprecio que le guardan los Oblatos y ordena oraciones por su alma. Pero el Prelado fallece (31 de marzo de 1900) y llega el momento de proveerle sucesor. Se inicia por el liberalismo una campaña de calumnias y se persigue al Dr. Benigno Palacios, que gobernaba la diócesis. Alfaro, que pensaba engañar al Papa con las conferencias de Santa Elena, cree llegado el momento de llenar la vacante del Obispado de Cuenca con el Dr. Alejandro Pasquel, que tan buenos servicios le venía prestando, como colaborador, amigo y partidario de la doctrina política del Ilmo. González Suárez, que llevaba a la República al pacifismo masónico tan vehementemente buscado por el liberalismo. Aun dentro del campo católico los pareceres se dividen. Hay momentos difíciles en la vida de los pueblos en que no se ve claro el camino. El Padre Matovelle da esta orden al Superior de sus Oblatos (septiembre 22 de 1900): "Tenga mucha prudencia, cuidado con afirmar nada ni en pro ni en contra sobre la cuestión del Obispado del Sr. Pasquel, manifieste mi profundo pesar al Sr. Administrador Apostólico por los ultrajes de que ha sido

victima". (Cartas, pág. 92). Finalmente, el Sr. Pasquel no fue nombrado Obispo de Cuenca.

A Matovelle en Lima le preocupaba mucho el Ecuador, pero no derrama lagrimas inútiles, ni pasa el tiempo en lamentaciones estériles; trabaja humanamente cuando puede y deja el éxito a Dios. Ordena que se levante un altar de las hijas de María a Nuestra Señora de Lourdes en el templo de la Merced, que el escultor Alvarado en nombre de los Oblatos haga una estatua a Nuestra Señora del Éxtasis y se la coloque en la capilla de Baños, cerca de Cuenca, donde en 1875 tuvo origen esta devoción; que se construya un noviciado Oblato en los Molinos; que se recuperen quinientos pesos dejados en donación por su finado amigo Juan Pozo; que se celebren misas por los benefactores del Instituto. Piensa establecer en Quito una nueva casa de Oblatos, y al mirar lo grotesco del carnaval en Lima, recuerda a su querida Cuenca, donde las diversiones con este motivo no son más decentes. No olvida ni la felicitación a ciertas personas en sus cumpleaños, y sabe a quién debe y a quien no hacerlo. Está en todo, en lo grande y en lo pequeño, y todo lo resuelve sin otro norte que la gloria de Dios.

El 23 de octubre de 1900 la masonería creyéndose triunfante, deroga por Decreto Legislativo sancionado por el Ministro de la Ley los Decretos de 22 de abril de 1869, 18 de octubre de 1873 y 5 de agosto de 1892: el primero que declara Patrona de la República a la Virgen María, el 2º que consagra la misma al Corazón de Jesús y el 3º que la Consagra también al Purísimo Corazón de María como patrona principal del Ecuador y acuerda erigir una estatua de bronce a la Santísima Virgen en la cima del Panecillo de Quito.

No se levanta en el Ecuador una voz para protestar el atentado, el más impío del Gobierno masónico contra la fe religiosa ecuatoriana. La prensa católica amordazada calla, y la prensa liberal con grandes alharacas celebra el triunfo. Matovelle se pone en movimiento en Lima y consigue que se escriban dos protestas, la una por los Obispos desterrados Massia y Andrade, y la otra por los sacerdotes y católicos seglares también en el destierro; ambas son escritas por Matovelle, quien además publica un folleto con el título: la causa del Sagrado Corazón en la República del Ecuador, a este propósito en Memorias y Documentos escribe: "Esta medida parece fue decretada en los antros de la masonería, pues para preparar los ánimos la prensa

impía de Guayaquil, durante muchos meses se desató en blasfemias, clamando que cuanto antes debía derogarse la ley aquella que consagraba el Ecuador al Sagrado Corazón de Jesús".

Y en otro lugar del mismo libro afirma: Sin la intervención directa o indirecta de los Oblatos nada se ha hecho en nuestra República desde 1883 en pro de la causa del Sagrado Corazón. Dios ha manifestado su beneplácito para con el Instituto.

En este contexto de exilio, es importante afirmar que para Matovelle, Lima era una ciudad de tristes recuerdos: no quería tener honores en ella. Aquí muere su madre, y aquí entra proscrito en la fiesta de Nuestra Señora de los Desamparados. Aquí se encuentra con Veintimilla, el tirano de la Patria, que había perseguido a sus hermanos y aquí saluda a Obispos sacerdotes en el exilio, convertidos en vil juguete de la masonería enseñoreada de los destinos públicos de la República, cuyo presente y porvenir había defendido en los Congresos y que soñó entregarla un día a Jesús, toda entera, pura sin mancha, para que Jesús la inflamase de amor en el horno encendido de su divino Corazón. Y él como los judíos en el cautiverio de Babilonia,

estaba en Lima viviendo en el exilio con la esperanza de mejores días.

En Lima siembra Matovelle la buena semilla en pláticas y escritos y pasa diariamente horas enteras en el confesionario reconciliando a los pecadores con su Dios. La tristeza del corazón unida a la tristeza del espíritu, le sirve de fecundo apostolado en la conquista de las almas. Su tristeza es exceso de amor, es imitación de la fe de Jesús en el huerto de Getsemaní, que agrada a Dios Padre, no es la tristeza que produce odios y rencores, que se alzan contra el cielo, reniega de la Providencia y hace infecunda la vida. La tristeza de Matovelle está llena de esperanzas, acata los divinos designios y es acicate para el trabajo.

Pide a Cuenca que le manden su Drama de las Catacumbas escrito en verso, la Novena de Nuestra Señora de la Nube, cuya tercera edición se imprime con licencia del Ilmo. Sr. Tobar para satisfacer los pedidos de los tradicionales devotos de esta Santa Devoción en Lima. Para consuelo de su espíritu solicita otras obras que fueron su lectura familiar en Cuenca y Azogues. Quiere gozar en el Perú de los aires ecuatorianos.

El primero de junio de 1899 toma la capellanía del colegio de Santa Eufrasia, donde se educan 150 niñas pobres. Nunca les falta el asiduo cuidado de sus almas en el confesonario, y en las fiestas con el catecismo y la plática. Por ningún motivo deja de evangelizar a estas niñas, que la sociedad elegante aparta de su lado.

Pero Matovelle tiene un anhelo, ejercer el ministerio sacerdotal en una Iglesia del Señor del Desamparo. De repente la Virgen se le aparece sentada en su trono. Matovelle le dirige la súplica, y la Virgen se levanta del asiento con rostro amable y dulce sonrisa como para acceder a su deseo. Pero no le habla y desaparece. En Matovelle queda la impresión de que su suplica ha sido escuchada. Así era. No pasan tres meses y el 12 de diciembre de 1899 se le ofrece y acepta la capellanía de San Carlos, antiguo templo de la Compañía, donde se venera una imagen del Señor del Desamparo.

El 5 de marzo de 1900 entra en Lima, de regreso del Concilio Latinoamericano el Arzobispo de Quito, Ilmo. Sr. González Calisto. Matovelle le visita con frecuencia. El Santo Prelado le insinúa que regrese al Ecuador y se encargue de la construcción del Templo de la Basílica Nacional. Los indultos son letra muerta, Alfaro no me



Esta ilustración muestra la llegada de los Padres Oblatos a Quito para hacerse cargo de la construcción de la Basílica del Voto Nacional en 1902 con la anuencia del Arzobispo del momento González Calisto.



deja regresar, dice Matovelle. Así es, responde el Prelado; yo no le pido el inmediato regreso, sino que me prometa volver al Ecuador cuando las circunstancias políticas lo permitan.

En Memorias y Documentos, dice Matovelle que por la persecución injusta de que había sido víctima había resuelto no regresar al Ecuador y residir en Lima el resto de su vida, pero que, ante las insistencias del Prelado, le ofreció que regresaría si tal era la voluntad de Dios.

Largas horas conversan el Arzobispo y el sacerdote. Son cortos los ocho días del paso del primero por Lima para comunicarse ambos penas e impresiones. El recuerdo de la Patria los tortura. No ven remedio en la fobia religiosa que sufre la República, pero inclinan la frente ante la voluntad divina, y esa voluntad era que la Iglesia, que en el Ecuador debía ser la reina, fuese ahora la esclava; que la Congregación religiosa de los Oblatos, fundada un día para trabajar y orar por la Patria, estuviese hoy perseguida, y su Fundador y Superior comiese el pan de ostracismo. Pero las esperanzas no estaban perdidas. Los amigos de Cristo triunfan como Él en el Calvario.

Matovelle acompaña a su amigo hasta el Callao y lo embarca; al regreso a Lima su corazón va navegando junto con el del buen Arzobispo del Ecuador.

Va a concluir el año de 1900. El 31 de diciembre, con motivo del último día del siglo, se expuso en Lima el Santísimo en todas las Iglesias, y a las 12 de la noche se tuvo una breve función religiosa. Matovelle pasa de rodillas en adoración a Dios, agradeciéndole por los beneficios que le ha hecho en los 48 años que se ha dignado concederle en el siglo XIX y pidiéndole gracias para cumplir su Santa Ley en los días que quiera su Divina voluntad viva aun en el nuevo siglo.

La ciudad de Cuenca está también engalanada. Efigies y emblemas del Sagrado Corazón lucen por todas las calles. El júbilo embarga los pechos de las almas amantes de Jesús. A las cinco de la tarde el Administrador Apostólico de la Diócesis, el Cabildo, las Comunidades Religiosas, el Clero y el pueblo van en procesión con el Santísimo desde la Catedral hasta la Iglesia del Santo Cenáculo, que por primera vez se inaugura para rendir la adoración perpetua a Jesús en la Santa Hostia. Se canta el **Te Deum**, y hombres y mujeres por turnos señalados se prosternan en

Adoración a Dios. A las 12 de la noche se celebra una misa muy solemne, en que se acercan a la Sagrada Comunión más de tres mil personas. Las formas sacramentales que han perdido sus sustancias para transformarse en el Cuerpo de Cristo han sido hechas por los Oblatos con trigo sembrado para este fin en el patio del templo. La ceremonia no termina sino en la madrugada del 1 de enero de 1901.

Toda la noche del 31 y el 1 de enero se turnan en adoración las Comunidades Religiosas, las Congregaciones Pías, los gremios se artesanos, la Universidad, los colegios, las escuelas, los caballeros, las señoritas, etc.

Este templo era la obra de Matovelle. Era de un desagravio a Jesús por los sacrilegios, por los crímenes políticos y sociales que estaban llevando a la República camino del abismo. La adoración perpetua no se establecería sino en un año después porque era necesaria la presencia en Cuenca del hombre de oración y acción que yacía en el destierro.

Está corriendo ya el siglo XX. Matovelle recuerda la promesa hecha al Arzobispo y quiere regresar al Ecuador. El destierro por otra parte le va siendo muy pesado. No es que en Lima le traten mal, al contrario,

le estiman, pero sus pulmones tienen ya necesidad de los aires nativos. Mas, Eloy Alfaro rige los destinos de la República y está de ministro de Gobierno Felicísimo López, el excomulgado, a quien con su genio oratorio venció un día en las Cámaras Legislativas el Rmo. Padre Matovelle. Alfaro desde 1898 había concedido amnistía que amplio posteriormente. Pero ese era un Decreto de puro lujo, para regocijo de los liberales; lo presos políticos continuaban aun en el Panóptico, se perseguía a Dn. Pedro Lizarzaburu, el caudillo de los movimientos conservadores del Centro, y a un joven quiteño que tuvo la candorosidad de creer en el Decreto, se le puso preso en Guayaquil. “Esperaré dice Matovelle, que Alfaro termine su periodo presidencial el 30 de agosto de 1901 y suba al poder Leónidas Plaza para decidir entonces mi regreso al Ecuador, según y como se presentara el ambiente político. Tengo miedo de meterme en un país tan desorganizado como el nuestro, en donde no hay seguridad para la vida, para la honra, para nada”.

Plaza sube a la Presidencia de la República. La amnistía parece garantizada, pero Matovelle no resuelve aun prestar merito a la buena fe del Gobierno liberal. Pocos ecuatorianos van quedando en el destierro. Vuelve a su

Diócesis el Obispo de Riobamba, Ilmo. Sr. Andrade. Las conferencias de Santa Elena terminan con resultados no muy satisfactorios, pero abren el camino a un posible Concordato. Es indudable que el regreso está garantizado, y es el momento de cumplir la promesa que un día hiciera al Sr. Arzobispo. Que se cumpla la voluntad divina. Se resuelve al regreso. Pero antes tiene que ir a Chile a cumplir ciertos compromisos. Con este propósito se embarca en el Vapor Perú el 17 de septiembre y llega a Valparaíso el sábado de este mes. Se hospeda en casa de los Padres del Sagrado Corazón; pasa 15 días en la ciudad y sigue a Santiago donde el Arzobispo Ilmo. Sr. Casanova le recibe con los brazos abiertos. Este Prelado había llevado la palabra en memoria de García Moreno, en las honras fúnebres que, en 1875, a raíz del asesinato, se celebraron en la capital de su Arquidiócesis. Conocía bien la obra garciana y no ignoraba que Matovelle había sido en el parlamento ecuatoriano uno de los más fervorosos en defenderla y continuarla. Quizá imagina que el Instituto de los Oblatos era en el fondo una orden religioso-militar y semejante a las tan beneficiosas órdenes militares de la Edad Media. El sermón político que pronuncio en Chile uno de la Oblatos en los años

anteriores, pudiera haberle influido sospechas. Hizo en consecuencia examinar las reglas por medio de una Comisión Eclesiástica presidida por el Vicario de la Arquidiócesis, Ilmo. Sr. Astorga.

El dictamen fue favorable. Los Oblatos tienen más de contemplativos que de guerreros y son grandes trabajadores en la milicia espiritual cristiana. Su establecimiento en Chile sería una bendición. El Ilmo. Sr. Casanova así lo comprende y hace a Matovelle repetidas propuestas para que se quede. Le ofrece para su Congregación la Casa de San Bernardo o el Santuario de Lourdes. El señor Eleodoro Villafuerte, que había hecho fracasar su establecimiento algunos años antes, invita a Matovelle a comer en su casa e insiste también, seguramente de acuerdo con el Prelado, para que se establezca en Chile. Todo es inútil. Matovelle desea cumplir la promesa que un día hizo al Arzobispo de volver al Ecuador. Pero como en lo futuro la persecución religiosa pudiera continuar aun con más furia, no deja de tomar sus precauciones para establecerse con sus Oblatos en una de las dos casas que se le ofrecen, en caso de un nuevo y posible destierro de parte de los Gobiernos masónicos

que regían los destinos de la República del Sagrado Corazón.

Corresponde las visitas y bondadosos agasajos que se le prodigan en Santiago y Valparaíso y se embarca para el Ecuador. La navegación no tiene contratiempos. El 24 de diciembre de 1901 entra en Cuenca después de tres años de ausencia. Algún tiempo más tarde el Prelado de Chile, sin esperanza ya del regreso, entrega el Santuario de San Bernardo a los Padres Redentoristas para su Noviciado, y el de Lourdes se lo da a los Agustinos de la Asunción.

Por su parte Matovelle con sus Oblatos se establece en Quito para hacerse cargo de la construcción de la Basílica del Voto Nacional en medio de contratiempos civiles y eclesiásticos de los cuales la historia da cuenta.

Esta fue la vida profética del Venerable Padre Julio María Matovelle, Fundador de Oblatos y Oblatas, quien con Cristo grabado en el corazón y cobijado por el patrocinio maternal del Corazón Inmaculado de María, jamás desmayó ante la persecución, no sucumbió ante el poder de las armas, por el contrario, audaz en el espíritu y fortalecido por el auxilio divino, supo resistir

hasta el final ante las fuerzas del mal que gritaban “Dios ha muerto”.

A propósito del Congreso Eucarístico Internacional de 2024, convocado por el Papa Francisco por el aniversario 150 de la Consagración del Ecuador al Sagrado Corazón de Jesús, el próximo libro de la presente colección de bolsillo, tiene que ver con la Basílica del Voto Nacional y el Sagrado Corazón de Jesús.



Oración por la pronta glorificación del Venerable P. Julio María Matovelle

O dulcísimo Jesús que os dignásteis elegir al Venerable Padre Julio María Matovelle para apóstol del reinado social de vuestro Divino Corazón y del Corazón Inmaculado de María, os rogamos le glorifiquéis otorgándonos por su intercesión la gracia que os pedimos (petición) juntamente con vuestro amor y el reinado completo de vuestro Sacratísimo Corazón. Amén.



Si recibe un favor de Dios por Intercesión del Venerable Padre Matovelle o si está interesado en formar parte de la Congregación de Oblatos, comuníquese:

ECUADOR: Quito: Casa Generalicia:
Venezuela N11-263 y Matovelle
Telfs.: 258 2646 – 228 6014
beatificacionmatovelle@gmail.com

COLOMBIA:
Bogotá: Calle 70A No. 7-63
Telf.: (0057) 24 93 414
vocaoblatos@hotmail.com



@PadresOblatos



Oblatos de Matovelle

www.oblatos.com



@oblatosdematovelle